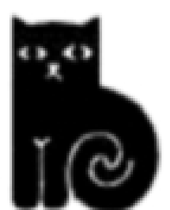
CONQUISTA ESPACIO



LA OTRA CARA DEL ESPEJO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

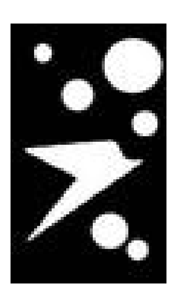
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

722 - Creador de materia - *Curtis Garland*
723 - Xai, sacerdotisa de Graa-Alzac - *Kelltom McIntire*
724 - El planeta tenebroso - *Ralph Barby*
725 - Mundos en llamas - *Clark Carrados*
726 - Extranjero espacial - *Ralph Barby*

CLARK CARRADOS

LA OTRA CARA DEL ESPEJO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 727
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.766 – 1984
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: diciembre, 1984
1.ª edición en América: junio, 1985

© **Clark Carrados** — 1984
texto

© **García** —1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

La chica era ala, espigada, de frondosos cabellos oscuros, brillantes como la seda, cubierta la cabeza por un extraño gorro circular, que formaba una especie de corona sobre su cabeza, pero lo que más le gustó a Digby Fanloe fueron sus ojos, grandes, rasgados, de pupilas verdosas, profundas como el mar tranquilo, calificó mentalmente, en una metáfora que le pareció una exacta definición del rasgo más atractivo sus facciones.

Vestía sencillamente: una blusa, bastante ajustada a un pecho de contornos clásicos, pantalones, también ajustados, y botitas holgadas, de medio tacón. Todo era de un suave color azulado, sin adornos, a excepción de lo que parecía un medallón de oro y piedras preciosas, sobre el seno izquierdo.

Pendiente del hombro llevaba un bolso de piel de color crudo. En la mano derecha sostenía una maleta de la misma piel.

Digby se quedó mirándola, completamente embobado, diciéndose a sí mismo que nunca había visto una chica tan hermosa. Quizá el rostro no tenía una belleza perfecta, pero el conjunto resultaba arrebatador.

«Un día me casaré con ella», se propuso, dispuesto a seguirla, para averiguar adónde se dirigía y buscar así el medio mejor de entrar en contacto con la muchacha.

Pero, sorprendentemente, fue ella la que inició los

contactos con Fanloe.

—Perdón, caballero…

Fanloe no llevaba sombrero, pero le habría gustado tener uno puesto, para descubrirse y realizar un floreo con él, como había visto lo hacían los hombres en las películas de época.

—Señora, estoy a su disposición. Pídame lo que quiera y lo tendrá —contestó—. ¿Quiere la Luna? Mañana se la serviré en bandeja de plata. Si sus deseos son más modestos, le compraré la ciudad y la pondré a sus pies…

Ella se echó a reír. A Fanloe, la risa de la joven le pareció sonido de campanillas de plata.

—No necesito tanto, señor —dijo ella—. Me bastaría con que me indicase el camino para llegar al hotel Enday.

Fanloe se quedó desconcertado.

—Nunca he oído el nombre de ese hotel —manifestó.

—Oh, qué contratiempo… Tengo la seguridad de que se encuentra en esta ciudad… Necesito ir allí sin falta…

—Veamos —dijo Fanloe—. Hay un medio de averiguarlo, si usted me lo permite. Mientras tanto, con su permiso, voy a presentarme. Soy Philip Jefferson Mortimer Fanloe, aunque todos me llaman Digby. Usted puede llamarme así también, señora…

—Thalia Orghe —respondió la joven—. Dijo antes que había un medio para encontrar el hotel Enday —le recordó.

—En efecto. ¿Me permite? Llevaré su maleta, si no

tiene inconveniente.

Thalia la había dejado en el suelo un momento y Fanloe agarró el asa. Al intentar levantarla, se llevó una sorpresa tremenda.

Aquella maleta pesaba horriblemente. Él era un hombre joven, robusto, aunque sin exageraciones de hércules de feria. Sin embargo, le costó un trabajo ímprobo levantar una maleta que, lo había visto momentos antes, ella portaba con la mayor facilidad, sin esfuerzo alguno.

—Oh, perdone —dijo Thalia—. Debía desconectarlo sin darme cuenta…

—Desconectar, ¿qué? —preguntó Fanloe, intrigado.

Thalia se inclinó un poco y tocó algo en uno de los extremos del asa. Luego sonrió.

—Antigravedad —dijo—. Levántela, por favor.

Fanloe lo hizo así. Estupefacto, comprobó que la maleta era tan ligera como una pluma de ave.

—An… tigravedad… —repitió.

—¿Dónde está el hotel Enday? —insistió ella.

El joven pareció salir de un sueño, despertado bruscamente.

—Oh, sí, ahora mismo… Venga, por favor, señora Orghe.

—Thalia, se lo ruego —indicó ella dulcemente.

A pocos pasos, había una cabina. Fanloe entró, depositó una moneda en la ranura y luego marcó en el teclado un par de cifras. A los pocos segundos, apareció un letrero en la pantalla:

INDIQUE DE VIVA VOZ EL DATO DESEADO DE INFORMACION

—Hotel Enday —dijo Fanloe sin vacilar.

La respuesta llegó en cinco segundos:

—Calle 201, 3.177.

Fanloe se volvió hacia la joven, que aguardaba en la entrada de la cabina.

—Ya conozco la dirección —manifestó.

—Lo he oído, pero soy forastera en la ciudad...

—¿Tiene algún inconveniente en que la acompañe, señora... digo, Thalia?

—Al contrario, será un placer para mí, Digby —accedió ella con hechicera sonrisa.

Fanloe agarró la maleta de nuevo. La cabeza le daba vueltas. Antes no podía levantarla apenas; ahora la llevaba con toda la facilidad. Thalia habla mencionado una palabra que casi le parecía mágica: antigravedad. Pero eso era algo siempre deseado por los científicos y jamás conseguido. ¿Cómo lo había logrado Thalia?

Era lo de menos. Nunca le habla sucedido nada semejante Estaba furiosamente enamorado de la joven. «*El flechazo*», se dijo. Continuaría viéndola, hasta que ella...

De pronto, se dio cuenta de un detalle nada agradable.

—Thalia, ¿de veras quiere ir al hotel Enday? —preguntó.

—Sí, desde luego —respondió ella firmemente—. ¿Es algo malo?

Fanloe suspiró.

—El barrio no es precisamente recomendable —contestó—. Pero si tanto interés tiene...

—Lo tengo, Digby.

—Entonces, no se hable más. Vamos al Enday.

* * *

El aerotaxi se detuvo ante un edificio de apariencia más bien modesta, cuya fachada indicaba una venerable antigüedad y, lo que era aún peor, descuido y negligencia en su conservación. Estremeciéndose interiormente, Fanloe se preguntó qué extraño interés podía tener Thalia en alojarse en aquella pocilga. Una chica tan hermosa, fina, distinguida... No le cabía en la cabeza, simplemente.

Al apearse del vehículo, frente a la puerta de entrada, Thalia miró recelosamente a su alrededor. Fanloe captó el detalle.

«*Parece nerviosa...*», se dijo.

Digby entró en el hotel siguiendo a la joven. Thalia se acercó al mugriento mostrador, tras el cual se hallaba un sujeto de unos cuarenta años, con el ojo derecho tapado por un parche negro. A Fanloe le entraron ganas de atravesar el mostrador para ver si llevaba una pata de palo.

—Hola —dijo el recepcionista, sin quitarse de la boca la apestosa colilla de cigarro que sostenía con los dientes—. ¿Habitación para dos?

—La número treinta y siete —dijo Thalia.

El hombre se volvió para mirar el casillero.

—Está ocupada —respondió, lacónico.

Thalia no se inmuto. Abrió su bolso y sacó un billete.

—Desaloje —ordenó, no menos escuetamente.

—El ocupante ha salido a la calle. Cuando vuelva, tendrá otra habitación, señora —respondió el empleado, a la vez que, con una mano se apoderaba del billete y con la otra entregaba la llave correspondiente—. Tienen suerte; hace unos minutos que han acabado la limpieza. Hemos puesto ropas limpias en la cama…

—Se equivoca, amigo —cortó Fanloe—. Yo me quedo aquí.

—Oh, no, usted viene conmigo —contradijo Thalia. Acercó sus labios al rostro del joven y, en voz muy baja, añadió—: Me persiguen. Están cerca.

Fanloe se desconcertó un instante, pero, en seguida, sacó el pecho. Quienes quiera que fuesen los perseguidores de Thalia, estaba dispuesto a entablar feroz batalla con ellos, para evitar que su amada sufriese el menor daño. Sería el valiente caballero que evitaría cayera en las garras de sus pérfidos y crueles enemigos...

—¿Vamos, Digby? —dijo ella con una sonrisa.

Fanloe reaccionó y levantó la maleta nuevamente. El ascensor se movía y chirriaba estremecedoramente, pero los llevó sin dificultad al tercer piso.

Thalia abrió la puerta. Apenas lo había hecho, lanzó un grito de alegría:

—¡Ah, ahí está!

Fanloe se preguntó quién podría estar en la

habitación, que, según acababa de oír, había sido abandonada por su ocupante. De pronto, vio que la joven se acercaba a un enorme espejo situado en uno de los lados de la estancia.

Thalia lo contempló en silencio durante unos momentos, Fanloe, desde la entrada, estudió también aquel extraño espejo, de más de dos metros de altura en total, con un doble marco de madera oscura y brillante.

El espejo tenía una curiosa construcción. Estaba sostenido por dos delgados pilares de madera, torneados, apoyados en una ancha base ovoidal, de la misma madera. El espejo podría girar así en sentido vertical, adelante y atrás, pero, al mismo tiempo, debido al doble marco, era una simple aplicación de la junta Cardan, podía moverse también a los lados, a derecha e izquierda. No cabía la menor duda de que resultaba sumamente cómodo para el que quisiera mirarse en él, a fin de comprobar la elegancia y corrección de su atuendo.

—Perdone un momento, Thalia —dijo Fanloe, rompiendo el silencio que se había producido después de su llegada a la habitación—. Antes dijo que la persiguen...

—Es cierto —contestó ella tranquilamente.

De súbito se oyeron voces abajo.

Thalia lanzó una exclamación:

—¡Ahí están! Digby, yo tengo que marcharme...

—Espere, llamaré a la policía —dijo él.

—¡No! —rechazó Thalia la idea—. No es necesario; yo me voy a marchar ahora mismo

Las voces se dan cada vez más cerca.

—¡Aprisa, aprisa! —dijo un hombre.

—Maldito ascensor… —se quejó otro—. Ha tenido que estropearse en el momento menos oportuno…

Fanloe, desconcertado, no sabía qué hacer. Thalia lo miró desde el espejo.

—Digby, quizá volvamos a vernos algún día. Escuche, abra la maleta y arrójeles su contenido. Eso servirá para detenerlos. Adiós.

Estupefacto, Fanloe vio a la joven que parecía adentrarse en el espejo, como si no existiera. Thalia desapareció apenas un segundos después.

El espejo giró 180° en sentido vertical, movido por una mano invisible. Creyendo que soñaba, Fanloe corrió hacia allí y miró al otro lado, pero no vio nada.

Las voces amenazadoras sonaron más cerca. Fanloe se dijo que ya aclararía el misterio en otra ocasión. Corrió hacia la maleta, la abrió y se acercó a la puerta.

El escándalo que formaban los perseguidores de Thalia era enorme. Algunos de los huéspedes de los distintos pisos se asomaban curiosos a las puertas de sus habitaciones para ver lo que ocurría.

Entonces, Fanloe, sujetando la maleta con ambas manos, la levantó y lanzó su contenido al aire.

¿Soñaba todavía?, se preguntó, pasmado de asombro.

Centenares, o tal vez millares de monedas de oro, volaron por todas partes. La mayor densidad golpeó los rostros de los perseguidores, quienes estaban ya llegando a la puerta.

Gritaron furiosos, retrocediendo unos pasos

instintivamente. De repente, se oyó una serie de estridentes alaridos.

Las puertas que estaban cerradas se abrieron. Quince, veinte, cuarenta huéspedes del hotel acudieron en aullantes bandadas, ávidos de repartirse el inesperado tesoro que había brotado de la maleta. Los dos sujetos resultaron despiadadamente atropellados, pese a sus gritos y sus protestas de propiedad de aquel dinero. Fanloe comprendió entonces la astucia de Thalia: había preferido desprenderse del tesoro, para salvar la vida.

Una moneda rodó por el suelo y se inclinó para guardársela en un bolsillo. A continuación, retrocedió cautelosamente. Todo el mundo parecía muy entretenido y él sólo quería abandonar el hotel, precisamente ahora que Thalia ya no estaba.

Antes de acercarse a la ventana que daba a la escalera de incendios, lanzó una mirada hacia el espejo.

—Volveré otro rato —se prometió.

Los perseguidores se le anticiparon. Pudieron escapar, pero volvieron más tarde.

—La llave de la treinta y siete —exigió uno de ellos.

Petey Mims, el recepcionista tuerto, no se atrevió a negarla. Sabía muy bien cuándo debía atender ciertas peticiones. Sólo le quedaba un ojo y quería conservarlo.

Momentos después, los dos hombres estaban en la habitación treinta y siete. Inmediatamente se acercaron al espejo.

—Se fue por aquí —dijo el primero que había hablado.

—Por la otra cara —advirtió su compañero.

—Sí, tienes razón.

EJ hombre agarró el espejo y lo hizo girar. En el mismo instante, se produjo una terrible explosión.

CAPÍTULO II

Estaba muy cansado. El día había sido bastante movido y sólo tenía deseos de reposar. Se daría un buen baño, tomaría una cena ligera y luego se pondría a leer un libro en la cama. Era un libro muy pesado y sabía que actuando como el más eficaz de los sedantes, le sería imposible concluir la segunda página.

Mientras se bañaba, rememoró, una vez más, lo ocurrido siete años antes.

—Siete años —suspiró—. Se me han pasado en un soplo.

No había olvidado a Thalia. Casi en todo momento, la tenía presente, y siempre se preguntaba cómo era posible que hubiese podido enamorarse de una mujer, tras apenas una hora de relación y sin cambiar con ella una sola palabra sobre el tema amoroso.

¿Dónde estaba? ¿A dónde se había ido a través del espejo?

¿Qué clase de puerta misteriosa era el espejo que, según había sabido después, se había destruido aquella misma noche, matando a los dos perseguidores que habían vuelto al hotel, tras el tumulto provocado por las monedas de oro?

Bajó la mirada y contempló la moneda que todavía conservaba y que pendía de su cuello por una cadena del mismo metal. Tenía ocho centímetros de diámetro y un grosor de medio, con unos extraños dibujos en el anverso y reverso.

Ignoraba el valor de la moneda. Sin embargo, sabía

que era de oro puro, con un mínimo de aleación para conferirle dureza. Un amigo suyo le había dicho que la ley de aquella moneda era de novecientas setenta y cinco milésimas. El oro solamente valía muchísimo pero, para él, había algo que suponía más que el estricto valor económico.

—¿Dónde estás, Thalia? —suspiró.

Los muertos no habían sido identificados jamás. Sus huellas dactilares no figuraban en ninguno de los archivos de ningún centro policial del planeta, según había sabido él más tarde.

Si era cierto, si recordaba las fantásticas propiedades del espejo, si pensaba en la maleta provista de mecanismo anti-gravitatorio... todo ello conducía a la afirmación de un hecho irrebatible: Thalia no era una terrestre.

—Una joven nacida en otro planeta... ¿Cómo vino? ¿Qué la trajo a la Tierra?

Se había formulado las mismas preguntas una y otra vez y jamás, en siete años, había conseguido las respuestas.

Al cabo de un rato, salió de la bañera. Cenó, se fue a la cama y pronto supo que había hecho un pronóstico equivocado: se durmió antes de acabar la lectura de la primera página.

* * *

Por la mañana, se levantó y tras el aseo y desayuno correspondientes, se dispuso a salir a la calle. Entonces llamaron a la puerta.

La asistenta no podía ser. Era su día libre y, además, tenía llave de la casa. Intrigado, abrió y vio algo que le hizo sentir vértigo. Sin saber cómo se encontró en el suelo.

Ella se inclinó sobre el joven.

—Despierte, hombre... Vamos, abra los ojos...

Fanloe los abrió y, un segundo después, se ponía en pie de un salto.

—¡Thalia! —gritó, a la vez que se arrojaba hacia la joven, para abrazarla con todas sus fuerzas.

Ella se quedó atónita.

—Pero... señor Fanloe...

—¿Es que ya no te acuerdas de mi nombre? Digby, mujer...

Fanloe pudo besarla una vez, pero ella consiguió rechazarlo suavemente, aunque con energía.

—Por favor, Digby...

Fanloe agarró sus manos y la miró embelesado.

—Siete años, Thalia, siete años esperando este momento... ¿Dónde has estado? ¿Por qué no me diste noticias tuyas?

Ella sonreía.

—¿De veras creías que tenía que volver algún día?

—Te diré una cosa: he podido casarme, y lo digo sin falsa modestia, al menos una docena de veces. Todas eran chicas guapísimas, de buena posición, y habrían accedido a mi petición sin dudarlo un solo instante, pero yo nunca quise... No podría olvidarte, así de sencillo. Pero si has vuelto, lo que puedas haber hecho no me importa en absoluto... ¿O te vas a marchar otra vez para dejarme solo durante siete años

más?

Ella se echó a reír.

—No, Digby —contestó—. Esta vez no me iré tan pronto…

De pronto, se calló. Fanloe la miró extrañado.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. Oye, me pareces un poco distinta... Han pasado siete años, pero aparentas la misma edad que el día en que nos vimos por primera vez...

—Digby, me parece que sufres un error —dijo ella.

—Bueno, eres Thalia, ¿no? Sí es cierto que resultas un poco distinta, pero no tanto que no te haya podido reconocer en el acto...

—Todo el mundo lo dice: mi madre y yo parecemos dos gotas de agua.

—Ah, claro, tu madre... Debe de ser guapísima, como tú...

—Digby, temo que no me has comprendido. Yo soy Thulia, la hija de Thalia.

Hubo un momento de silencio. Fanloe tenía la boca abierta y miraba a la chica con expresión de estúpido.

—Bromeas —dijo al cabo.

—Hablo en serio, Digby —contestó ella—. Thalia es mi madre. Yo me llamo Thulia. Es una variante del mismo nombre. Por ejemplo, en la Tierra, Elizabeth o Isabel, Betty, Bessie, Beth, Bess, Isabella... Todos son el mismo nombre, como Thulia y Thalia... derivados de Thaliaghorswinithia, que es el original.

—La... hija de Thalia... —repitió Fanloe, que no sabía de su asombro—. Pero ella tenía entonces veinte años, veintidós, a lo sumo...

—Los mismos que tengo yo ahora —confesó Thulia.

—No puede ser. Sólo han pasado siete años. Tendrías que ser aún muy pequeña... —Fanloe hizo un gesto con la mano, como para indicar la altura de una niña de la edad mencionada—. Tienes ganas de broma...

—Jamás he hablado tan en serio, Digby. ¿Quieres escucharme, por favor?

Fanloe empezó a sospechar que Thulia era sincera. ¿Cómo podía haber crecido tanto en sólo siete años?, se preguntó.

—Me parece que necesito una taza de café —dijo débilmente.

—Que sean dos —dijo ella con una sonrisa llena de gracia.

—Sí, claro... Mira que desmayarme antes... No sé cómo puede haberme pasado una cosa semejante... Nunca me había sucedido nada igual... Ven, por favor, Thulia.

Ella lo siguió hasta la cocina. Fanloe puso la cafetera al fuego.

De pronto, recordó algo.

—Thulia, cuando nos conocimos tu madre y yo, la llamé señora, pero no rechazó el tratamiento —dijo—. Debería haberme corregido...

—Ya estaba casada y yo había nacido apenas unos meses antes —contesto la muchacha.

* * *

Thulia tomó un sorbo de café y miró sonriente al joven.

—¿De veras te habías enamorado de mi madre? —preguntó.

—Nunca la pude olvidar —respondió él—. Tendré que hacerlo a partir de ahora. Está casada, tiene un esposo... En fin, cosas que pasan, Thulia. Pero tú, ¿a qué has venido, si se puede saber?

—Mi madre me contó lo que había sucedido el día en que os conocisteis. Ella no puede venir ahora; ha pasado ya la edad... reglamentaria. Por eso me enviaron a mí. Mamá me dio tu nombre y, aunque ignoraba tus señas en esta ciudad, dijo que resultaría bastante fácil encontrarte. Como así ha sido, claro.

—De todos modos, hay algo que no comprendo. Han pasado sólo siete años, tú habías nacido poco antes de conocer a tu madre y ahora dices tener veintidós. Y, además, los aparentas.

—Gracias, Digby. Estás desorientado, ¿verdad?

—No te lo puedes figurar.

—El espejo.

Hubo un instante de silencio. Luego, Fanloe repitió:

—¿El espejo?

—Sí. Era una puerta espacial. ¿No viste a mamá atravesarlo y desaparecer?

—Cierto, y ése es un misterio que no he logrado solucionar hasta ahora. Tú lo sabes, sin duda.

Thulia asintió.

—Tenemos que encontrar ese espejo, Digby —respondió.

—Imposible.
—¿Por qué?
—Dos hombres perseguían a tu madre. Yo la ayudé a que pudiera escapar. Aquella misma noche, fueron al lugar donde estaba el espejo. Se produjo una explosión y ambos murieron. Luego hubo un pequeño incendio, fácilmente sofocado, sin embargo, las maderas de los marcos ardieron y el vidrio se fundió. Lo recuerdo muy bien, porque investigué a fondo el asunto.
Thulia hizo un ligero gesto de contrariedad.
—Esperaba algo por el estilo, pero, de todos modos, no tiene importancia. Digby, tú recuerdas dónde estaba el hotel Enday, ¿verdad?
—Sí desde luego.
—¿Querrás acompañarme?
—Antes me gustaría que me explicases la aparente paradoja que supone una distancia temporal de siete años en la Tierra, por otra tres veces mayor, en tu mundo, cualquiera que sea éste. Para mí, han pasado siete años; para ti, en cambio, veintiuno, o sea, un tiempo triple, si contamos el que había transcurrido ya desde tu nacimiento.
—Digby, eso es precisamente lo que he venido a tratar de solucionar: la paradoja de un tiempo triplemente dilatado.
—No entiendo nada, te lo aseguro.
—Cuando haya encontrado la puerta y solucionado sus efectos, el tránsito entre la Tierra y mi mundo, será instantáneo y simultáneo. Es decir, no pasarán veintiún años allí, mientras aquí sólo transcurren siete. ¿Lo comprendes ahora?

Fanloe se rascó la cabeza.

—No demasiado, pero supongo que algún día acabaré por entenderlo —respondió—. ¿Has dicho que quieres ir al Enday?

—Si no te molesta...

Fanloe miró fijamente a la chica.

—Dices que el tránsito por esa puerta espacial va a ser instantáneo a partir de ahora —murmuró.

—Sí, una vez que la haya encontrado y subsanado los defectos iniciales.

—Entonces, creo que yo también he realizado un tránsito.

—¿Qué clase de tránsito, Digby? —preguntó ella, extrañada.

—¿Estás casada? ¿Tienes novio?

—No

Fanloe sonrió anchamente.

—El tránsito de que te estoy hablando ha sido espiritual —dijo.

—Sigo sin comprender...

El joven la agarró por un brazo.

—Anda, vamos al Enday —dijo.

En aquel momento, sonó el timbre del videófono.

—Maldición —juró Fanloe entre dientes—. ¿Quién será el inoportuno?

El inoportuno era un hombre de unos cincuenta años, grueso, sanguíneo, con papada y un cigarro entre los dientes.

—Digby, tienes que entrevistar a Solomon Philidor —dijo a sujeto.

—¡Jefe! ¡Es mi día libre! ¿No lo recuerda? —

protestó Fanloe.

—Mañana, entonces.

—Mañana, jefe.

—Pero quiero el reportaje para la noche, ¿estamos?

—Lo tendrá —prometió Fanloe.

—Te encontrarás con muchas dificultades; ya te imaginas por qué te lo digo.

—Hablaré con Philidor, aunque tenga que pasar por encima de un batallón de sus esbirros.

—Está bien. Consigue esa entrevista o búscate otro trabajo. Adiós.

Fanloe se volvió sonriendo hacia la chica.

—Es mi jefe. Ladra, pero no muerde —dijo, después de cortada la comunicación.

—¿Eres periodista? —preguntó Thulia.

—Tengo esa suerte. O desgracia, según se mire. ¿Vamos?

—Cuando quieras, Digby.

Al salir, Fanloe reparó en un detalle y sus dedos rozaron el enorme rodete de pelo que coronaba el peinado de la chica.

—¡Es pelo! —exclamó, atónito.

Thulia se volvió, sonriendo.

—Es el peinado típico de mi planeta —contestó.

—Cuando te sueltes el pelo, te debe de llegar hasta mucho más abajo de la cintura —dijo él, admirado.

—Sí, desde luego.

Fanloe tenía aeromóvil propio. Un cuarto de hora más tarde, llegaban a la calle 201. Y, entonces, se llevó la mayor sorpresa de su vida.

El hotel Enday había desaparecido. En su lugar, se alzaba un reluciente edificio de más de ciento noventa pisos, todo acero y cristal.

CAPÍTULO III

El barrio había cambiado radicalmente en siete años. Fanloe no había vuelto a estar allí y, absorbido por su trabajo, ni siquiera se había preocupado de la modificación de aquel sector de la ciudad.

Apenas si quedaban media docena de las casas antiguas, las que se hallaban en mejor estado de conservación y precisamente para dar un toque contrastante de elegancia a una zona ahora de aspecto ultramoderno. Las casas antiguas harían sido restauradas, rodeadas por pequeños jardines y, según supo Fanloe más tarde, habitadas por gentes adineradas que querían ofrecer un aspecto de distinción, a la vez que se salían de las normas comunes al resto de los ciudadanos.

Pero la sorpresa mayor estaba todavía por llegar. En el inmenso frontis del rascacielos, Fanloe pudo ver un enorme rótulo, en letras doradas:

PHILIDOR ENTERPRISES, BUILDING

—«Edificio de las Empresas Philidor» —tradujo, para que lo entendiese su acompañante.

—¿No es ese Philidor el hombre al que tienes que entrevistar? —preguntó Thulia.

—Sí, es cierto, pero ahora estoy preocupado por ti. ¿A qué venias al hotel Enday? Si se puede saber, claro…

—Es un poco complicado de contar, Digby —

respondió la chica—. Te acuerdas del espejo, supongo.

—¿Cómo olvidarlo? —suspiró él—. Ya te he dicho que aquella misma noche, los dos tipos que perseguían a tu madre, hicieron algo que provocó una explosión, con el subsiguiente incendio, y murieron instantáneamente. Leí la noticia en los periódicos y a los dos días fui a ver al hombre que nos atendió en aquella ocasión. Dijo que la madera del marco había ardido por completo y que el vidrio del espejo se había fundido. Ya no había vuelto más por aquí, hasta hoy —concluyó Fanloe.

Thulia puso el codo izquierdo en la mano derecha y apoyó la barbilla en la otra.

—Tiene que estar, no cabe otra solución —murmuró.

—¿Qué es lo que tiene que estar? —inquirió el joven.

—El generador de fuerza... No pudieron llevárselo...

—No sé a qué te refieres, Thulia. ¿Por qué no te explicas de una vez?

—Bueno, el espejo era una puerta espacial, pero necesitaba de determinada clase de energía para funcionar. Había una central de fuerza que suministraba esa energía, pero, naturalmente, no cabía en la habitación del hotel, por lo que tuvieron que situarla en el subsuelo, bajo la casa. Esa central es la que me interesa recuperar, Digby.

—Pues estás apañada, Thulia. O la destruyeron al demoler el Enday o si la respetaron, se encuentra ahora bajo esa mole de ciento noventa pisos.

—Opino que el generador continúa intacto. Estaba en una unidad hermética…

—Princesa, los cimientos de ese edificio llegan al menos a ochenta metros de profundidad —dijo Fanloe sombríamente.

—¿Tanto? —se asombró ella.

—Puede que me quede corto. Mucho me temo que hayas hecho el viaje en balde. Lo siento, pero creo mi obligación no darte esperanzas al respecto.

Ella cargó el peso de su cuerpo sobre el pie derecho.

—Si pudiéramos saber el lugar exacto en que se encuentra el generador…

—No conseguirías nada. ¿Crees que te darían permiso para hurgar en las entrañas del edificio? Además, tendrías que dar muchas explicaciones…

—Escucha, Digby, tú tienes que entrevistar a Philidor, ¿no?

—Eso es, pero me han dado tiempo hasta mañana. No tengo prisa…

—¿Qué objeto tiene esa entrevista?

—La fama de Philidor no es muy buena. Empezó prácticamente de la nada, pero, con procedimientos poco escrupulosos, hizo una fortuna en pocos años. Luego, se dedicó a la especulación de terrenos y… bien, ahí está el resultado.

—¿Sólo por eso vas a verlo?

—Bueno, tiene en marcha un proceso. A veces, todavía, actúa de modo irregular, por no decir reñido con la ley. Hubo un asesinato y se le acusa de complicidad en el mismo. Lo hicieron sus esbirros, eso

está claro, pero no se puede probar que diese las órdenes para matar al tipo que lo estorbaba.

—¿Por qué lo estorbaba, Digby?

—Era un sujeto muy ambicioso, quince años más joven que él y de la misma edad que la joven y ardiente señora Philidor, a quien su marido no atendía como se merecía. El hombre quiso prosperar, atacando por un flanco muy agradable, Philidor lo descubrió, y su rival en los negocios y en lecho acabó en el rio, con unos zapatos de cemento.

—Zapatos de cemento —se espantó la muchacha —. Quieres decir… un lastre.

—Exactamente, para que no flotase. Pero hubo un chivatazo a la policía, se encontró el cadáver y… Bien, ése es el problema de Philidor y por ello quiero verlo yo, para que me dé su versión del asunto.

—Muy bien. ¿Crees que podrás preguntarle datos sobre la construcción del edificio?

Fanloe se rascó la cabeza.

—Al menos lo intentaré. Pero necesitaría conocer más detalles sobre el particular… Espera, Thulia —dijo él de pronto—. El espejo estaba situado en el tercer piso.

—Sí, ciertamente.

—Si el generador estaba abajo, habría unos cables de conexión…

—Ocultos por las paredes, por supuesto.

—¿Sabes el tiempo que estuvo el espejo en la habitación treinta y siete antes de la explosión?

—Oh, yo diría que un año escaso. Estaba en pruebas, ¿comprendes?

Fanloe hizo un gesto con la mano.

—Creo que existe una persona que tal vez pueda facilitarnos muchos detalles sobre el asunto. Cuando lo vi por primera vez, pensé que era un empleado. Luego, a los dos días, hablé con él y resultó ser el dueño. Me refiero al propietario del Enday, naturalmente.

Thulia se animó.

—¿Sabes dónde vive ese hombre? —preguntó.

—No; pero podemos averiguarlo —respondió el joven.

* * *

Estaba sentado a la orilla del río, con una caña en las manos. La casa quedaba a unos cincuenta o sesenta metros de distancia y su aspecto era radicalmente distinto del de siete años antes.

Petey Mims apenas se movió al sentir pasos en las inmediaciones.

—No hagan ruido; está al caer —dijo en voz baja.

Fanloe hizo una seña a la chica y los dos se sentaron en el césped. A los pocos instantes, Mims tiró de la caña y sacó una hermosa trucha, que guardó inmediatamente en el cesto que tenía al lado.

Luego volvió la cabeza.

—Ya pueden hablar —invitó.

—Petey, ¿me recuerda?

El sujeto miró a la pareja con su único ojo.

—Sí —dijo tras una breve pausa—. Siempre he tenido buena memoria para las caras. Los nombres, en cambio…

—Yo soy Digby Fanloe. Ella es Thulia Orghe.

—Ah, sí, la chica que quiso a toda costa la habitación treinta y siete.

—Ella es su hija, Petey —puntualizó Fanloe.

—¿Su hija? —Mims se encogió de hombros—. Bueno, no tiene importancia. ¿Qué es lo que quieren de mí?

Fanloe señaló a sus espaldas.

—Tiene una bonita casa —elogió.

—Es cierto. Ahora vivo mejor que nunca, sin aguantar a huéspedes borrachos, locos estrafalarios y drogadictos asesinos. No tengo problemas con la policía... La verdad, cuando me compraron el hotel, vi el cielo abierto.

—Y se ha retirado.

—En efecto. Me pagaron bien, una cantidad que yo no hubiera soñado en la vida. Oiga, todavía no lo he entendido, los que construyeron el nuevo barrio pagaban una miseria por las otras casas. A mí me dieron lo suficiente para vivir sin trabajar el resto de mis días, y, además, me regalaron esta casa con diez hectáreas de terreno. Bueno, si querían el hotel, si tenían el capricho de comprarlo, ¿por qué negarse?

—Habrá que felicitarlo, Petey —sonrió Fanloe—. Recueras usted lo que pasó después de que nos hubiéramos marchado la señora Orghe y yo?

—Nunca lo olvidaré... El jaleo de las monedas de oro... Yo pude alcanzar un par de ellas y todavía las conservo.

—Son *garants* —intervino Thulia.

—¿Que moneda es ésa? —se asombró Mims.

—Es la de su país —dijo Fanloe rápidamente—. Ella no le va a pedir las monedas, no se preocupe.

—Sólo quiero que me conteste a unas cuantas preguntas, si no tiene inconveniente, señor Mims —manifestó la chica.

—Bueno, si conozco las respuestas... Hable, señorita.

—Había un espejo en la habitación treinta y siete. ¿Recuerda quién lo llevó allí?

—Tendría que consultar los registros —contestó Mims—. Recuerdo al hombre, pero no su nombre. Tomó la habitación un año antes de la explosión, más o menos, y a los pocos días vino con el espejo. Estuvo viviendo allí unos diez meses, aproximadamente. Luego se marchó y ya no he vuelto a verlo.

Fanloe levantó una mano.

—¿Es que conserva aún los registros del hotel?

Mims le guiñó un ojo.

—A veces, tienen cierta utilidad, cuando algún tipo dice que no estaba allí en tal fecha y yo sé que sí estaba. O viceversa, claro. Pero no los tengo en mi casa, por precaución, sino en una caja fuerte del banco.

—Sería interesante examinar esos libros, ¿no te parece, Thulia?

—Aguarda un momento, Digby —pidió ella—. Señor Mims, durante aquellos diez meses, ¿que hizo su huésped?

—Oiga, ahora que me lo pregunta... Era un hombre muy cortés, muy amable... A los pocos días, se quejó de la instalación eléctrica y de las conducciones de

agua, pero dijo que él se ocuparía de reparar todo por su cuenta. Yo, encantado, como puede imaginarse. Nunca había tenido un huésped semejante; pagaba y, además, me hacía unas reparaciones que, dicho entre amigos, eran muy necesarias, ¿qué más podía pedir?

—Eso significa que se movía libremente por el hotel.

—Justamente, pero no entraba en otras habitaciones sin mi permiso o el de les otros huéspedes —contestó el tuerto.

—Por supuesto, bajaría al sótano también.

—Oh, sí, claro. Hubo un momento en que yo ya no me preocupaba de él y, créanme los dos, hasta el momento del derribo del hotel, para construir en el solar el rascacielos de la Philidor, jamás se produjo un fallo en la luz o en el suministro de agua. Una obra perfecta, puedo jurarlo.

Thulia cambió una mirada con el joven.

—No tendrás otro remedio que plantearle el problema a Philidor —dijo.

Fanloe asintió.

—Procuraré sonsacarle. También hablaré con el arquitecto, con el contratista… —Fanloe sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Mims—. Cuando vaya a la ciudad, examine sus registros y dígame el nombre del individuo que le reparó las instalaciones.

—Lo haré, descuide.

—Petey, ¿vive usted solo?

El hombre se echó a reír.

—Un tuerto no puede guiñar un ojo —contestó—. Tengo una amiga que viene a visitarme con frecuencia.

A veces, se queda a pasar la noche, me arregla un poco la casa...

Fanloe se levantó y tendió la mano a la muchacha.

—Gracias por todo, Petey.

—A su disposición siempre —respondió Mims.

Los dos jóvenes se alejaron lentamente hacia el aeromóvil que había estacionado a poca distancia. El aparato alzó el vuelo a los pocos momentos.

Minutos más tarde, un hombre se acertó silenciosamente al pescador.

—Petey...

Mims se estremeció.

—Sí, señor.

—¿Qué querían esos dos jóvenes?

—Oh, me hicieron algunas preguntas de la época en que yo tenía el hotel... Nada sin importancia, créame.

—Le preguntaron algo sobre un espejo.

—Sí, señor.

—¿Preguntaron también algo sobre el individuo que lo llevó a su hotel?

Mims vaciló unos segundos.

—¡Conteste! —exigió el hombre.

—Bueno, sí, pero no les dije apenas nada... Demonios, usted me dijo que estaba en un apuro, que lo perseguía la policía y que me pagaría bien... Pero eso no le da derecho a hacerme ciertas preguntas...

—Tengo derecho a todo —contestó el sujeto.

Mims no se había vuelto todavía. Por eso no pudo ver la pistola que aparecía en la mano del individuo. Ni siquiera oyó el estampido del disparo, hecho a un

palmo de su cráneo.

Saltó convulsivamente al agua y cayó con gran chapoteo. El hombre agarró todos los trebejos de pescar, incluido el taburete plegable, y los arrojó al rio.

El cuerpo de Mims se hundió en las aguas. Subieron algunas burbujas sangrientas, pero todo recobró muy pronto la apariencia de normalidad.

Tranquilamente, como si no hubiera sucedido nada, el hombre regresó a la casa. Cuando iba a entrar, se dio una palmada en la frente.

—Soy un estúpido —rezongó—. Pues no he tirado al río un par de magníficas truchas…

CAPÍTULO IV

—Algún día, supongo, me explicarás con todo detalle el asunto del espejo que es una puerta especial —dijo Fanloe, al poco rato de haber emprendido el regreso.

Thulia se había reclinado en el asiento posterior y tenía la cabeza apoyada en las manos.

—Es un poco complicado —respondió—. Puedo decirte, sin embargo, que esa puerta es el fruto de un tratado secreto entre mi gobierno y el de la Tierra. Son pruebas para futuros intercambios comerciales, ¿comprendes?

—¿Transpone instantáneo?

—Exactamente. Pero los problemas que plantea en determinados aspectos están todavía lejos de resolverse.

—¿Por ejemplo?

—La paradoja temporal. Es preciso conseguir que una mercancía, o una persona, llegue a mi planeta en el mismo día en que parte de la Tierra. Luego hay que enfrentarse con el problema del tiempo tres veces más dilatado allí que aquí.

—Cierto. En la Tierra transcurrieron solamente siete años, mientras que pasaron veintiuno en... ¿cómo se llama tu planeta?

—Hakindel. ¿Te suena?

—Nunca lo había oído y, supongo son muy pocos los terrestres que han oído mencionar ese nombre. Pero me asalta una duda Thulia.

—¿Sí, Digby?

—Aquí pasaron siete años, mientras que en Hakindel transcurrían veintiuno. ¿Qué sucedería si los hechos se desarrollaran a la inversa?

—No entiendo —dijo ella.

—Para un hakindeliano, el tiempo transcurre aquí tres veces más rápidamente que en su país. Si tú te quedases a vivir y regresaras al cabo de veintiún años, en Hakindel habría transcurrido nada menos que sesenta y tres, ¿no es así?

—Efectivamente —admitió la chica.

—Y ese problema, me imagino, no tiene solución, porque el día hakindeliano, con relación al terrestre, es de setenta y dos horas.

—No, no, Digby. Allí el día dura veinticuatro horas, como en la Tierra. Lo que pasa es que, en cierto modo, vivimos en una dimensión distinta. Eso es lo que alarga el tiempo.

Fanloe hizo un gesto de escepticismo.

—¿Tiene algo que ver con el espejo? —preguntó.

—Bueno, cuando la máquina funcione a la perfección, la duración de los tiempos relativos seguirá siendo la misma, pero las personas y las mercancías viajarán instantáneamente. Si tú vienes a Hakindel, tu aspecto irá cambiando con toda normalidad por el paso de los años...

—Pero si dejo un hijo aquí de siete años, cuando vuelva, veintiún años después, tendrá solamente catorce.

Thulia suspiró.

—Eso es algo inevitable. Por tanto, es preciso vivir

aquí o en Hakindel, y si piensas permanecer mucho tiempo allí, debes pensar en que dejas a tu familia y amigos para un plazo muy superior a lo normal.

—Thulia, veamos las cosas desde otra perspectiva. Yo tengo veintiún años, como tenía tu madre cuando la conocí. Viajo a la Tierra y me quedo siete años. Si, por ejemplo, tengo una esposa de mi misma edad, cuando regrese a Hakindel, yo sólo tendré veintiocho años, mientras que ella pasará ya de los cuarenta. Cuarenta y dos, para ser más exacto ¿No es así?

—Tienes razón. Y si yo estoy aquí, digamos seis meses, cuando regrese allí, habrán transcurrido dieciocho. Es un problema insoluble, Digby —aseguró la muchacha un tanto melancólicamente.

—Bueno, también es un problema que podemos dejar de lado por el momento. Ahora lo interesante es encontrar la planta de fuerza, ¿no te parece?

—¿Conseguirás algo de Philidor? —preguntó ella ansiosamente.

—Al menos, lo intentaré —respondió Fanloe con determinación.

* * *

Sorprendentemente, el magnífico servicio de seguridad de Solomon Philidor no opuso demasiadas objeciones a la visita de Fanloe. El joven supuso que su jefe habría empleado determinadas influencias para conseguir que el periodista llegase al «sanctasanctórum» del financiero, situado en el ultime piso del edificio.

Había una terraza para aeromóviles, pero era independiente de la vivienda, que resultaba enorme, con piscina y jardín propio. Las paredes eran enteramente de cristal, polarizables para impedir el paso de la luz cuando se requería opacidad u obscuridad, y un completo sistema de ventilación proporcionaba la adecuada temperatura según las estaciones del año

Philidor era un hombre robusto, más bien bajo, pero con rostro de perro de presa. Debía de ser implacable con sus enemigos y tenaz hasta el fanatismo cuando quería conseguir algo, se dijo Fanloe, mientras estrechaba su mano que, contrariamente a lo que había supuesto, no era fofa ni estaba sudada.

—He oído hablar mucho de usted —dijo Philidor, mientras preparaba unas bebidas—. Ha conseguido un cierto renombre en su profesión, a costa, en ocasiones, de la reputación de las personas.

—Nunca dije nada que no fuese cierto —contestó el joven, impasible—. La reputación de las personas depende de sus actos y no de lo que diga un humilde reportero.

—Ya —dijo el otro sarcásticamente—. Pero, ¿a qué perder tiempo en minucias? Usted viene a hablarme del asesinato de Gary Macintosh, ¿no es así?

—Conozco todos los detalles del suceso. Sólo quiero conocer su punto de vista.

—¿Dirá en su periódico que soy inocente?

—Diré que usted se proclama inocente. Pero eso tiene que afirmarlo un jurado, ¿no le parece?

Philidor se echó a reír.

—Tipo astuto —calificó—. Los supuestos asesinos de Macintosh no han mencionado para nada mi nombre —añadió.

—Pero la gente lo relaciona...

—Óigame bien, muchacho. En las nóminas de mis empresas figuran nada menos que siete mil quinientos empleados, uno más, uno menos. El año pasado, uno mató a su esposa por celos; diez fueron acusados de robos distintos; cuatro falsificaron sendos cheques; dos pegaron fuego a sus viviendas… ¿Estoy yo detrás de cada uno de esos sucesos?

—Yo no he dicho que lo estuviera, señor Philidor.

—Pero lo piensa, porque los acusados trabajaban en mi servicio de seguridad. ¿He de responder yo de las debilidades de cada uno de mis empleados?

—Se supone que un guardaespaldas profesional ha de ser un hombre sereno, ponderado... y obediente al que lo emplea.

Philidor bebió un largo trago de su vaso.

—Tengo contratado mi servicio de seguridad con una empresa que carece de la menor relación con las que forman el grupo Philidor —dijo—. He propuesto al fiscal que sigue el asesinato, que haga una investigación a fondo, para que se disipen todas las dudas que puedan existir al respecto. Yo no conocía a esos guardias de seguridad ni los había visto en los días de mi vida.

—¿Y si otro los contrató en su nombre?

—Lo negaré rotundamente. Si yo hubiera hecho una cosa semejante, lo habría hablado a solas con

algún hombre de confianza y, desde luego, asegurándome previamente de que la conversación no quedaba registrada en ningún aparato. El fiscal, entonces, tendría que dar con ese supuesto intermediario y comprobar la veracidad de su testimonio. En el peor de casos, sería su palabra contra la mía.

—Podrían existir testigos…

Philidor volvió a reír.

—No sea ingenuo, muchacho. Ciertos negocios se tratan a solas, sin testigos. Pero lo repito una vez más: soy absolutamente inocente del asesinato de Macintosh.

Sin saber por qué, Fanloe presintió que el hombre era sincero. La mala fama, pensó, estaba sin embargo contra él.

—Así lo diré en mi reportaje —prometió—. Y ahora ¿puedo hacerle una petición?

—Si está en mi mano… —contestó Philidor benevolentemente.

—Me interesaría hablar con el arquitecto y el contratista que levantaron este edificio. Deseo hacer también un reportaje sobre el mismo, pero con anécdotas mezcladas con data técnicos, a fin de dar amenidad a la información. ¿Puedo hacerlo?

Philidor pareció sorprenderse, pero accedió sin objeciones

—Ahora, cuando salga, pídale los datos a mi secretario personal —dijo—. Yo le hablaré desde aquí. ¿De acuerdo?

Fanloe tendió su mano.

—Espero que le guste mi reportaje. Le prometo absoluta imparcialidad —sonrió.

—Es lo menos que tengo derecho a esperar —contestó el financiero.

Minutos más tarde, Fanloe llegaba a la calle, en donde lo aguardaba Thulia. El joven se sentó en el puesto de mando del aeromóvil y sonrió satisfecho.

—Las cosas han ido mejor de lo que esperábamos —dijo—. Encanto, son las siete de la tarde y tengo un hambre de lobo. ¿Qué te parece si cenamos juntos en un lugar donde sirven la sopa de pescado más exquisita que hayas podida probar en los días de tu vida?

Thulia estaba muy seria. Tenía un periódico en la mano y lo pasó al joven, abierto por la página de sucesos.

—Lee —indicó—. La noticia te va a quitar el apetito

Intrigado, Fanloe paseó su mirada por las noticias. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Petey Mims ha sido asesinado!

* * *

Thulia se alojaba en la casa de Fanloe y se extrañó de verlo al día siguiente, ataviado con un traje de color oscuro y corbata negra.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Al entierro de Petey —contestó él.

—No lo conocías apenas...

—Es cierto, pero se portó bien con nosotros.

Además, tengo interés por averiguar ciertos datos.

—¿Qué datos, Digby?

—Petey nos habló de la amiga que iba a verlo con frecuencia. Quizá ella asista también al entierro.

—No la conoces —alegó Thulia.

—Será una mujer casi madura, entre treinta y cinco y cuarenta años. Petey rozaba el medio siglo y, a su modo, era bastante ponderado. No me lo imagino teniendo como amiga a una chica de veinte años.

—Sí, quizás tengas razón —convino ella—. ¿Puedo acompañarte?

Fanloe consultó su reloj.

—Tenemos un poco de tiempo —dijo—. Debes comprarte ropas adecuadas. Vestido negro, medias, zapatos de tacón alto y velo. Estamos en el siglo XXI, pero ciertos actos requieren todavía la indumentaria apropiada.

—De acuerdo —accedió Thulia.

Cuando iban a salir, sonó el timbre del videófono.

Era Philidor. Fanloe se sintió enormemente sorprendido de la llamada del sujeto.

—Ayer olvidé comentar algo —dijo Philidor—. Supongo que usted no me lo preguntó por delicadeza y yo se lo agradezco infinito, pero, puesto que va a mencionar mi nombre si relación con la muerte de Macintosh, quiero que sus lectores conozcan el mayor número posible de detalles.

—Es usted muy amable, señor Philidor —contesto Fanloe—. ¿De qué se trata, por favor?

—De mi esposa. Es cierto que tuvo devaneos con Macintosh, pero las cosas no pasaron a mayores. No

fue su amante, pese a lo que puedan decir algunos. Es una verdad irrebatible, amigo mío.

—Lo celebro —dijo el joven.

—Gracias. Macintosh era un sujeto muy ambicioso que quería prosperar en mi empresa, atacando, digamos, por los flancos. Yo lo habría despedido muy pronto, porque algunas de sus actitudes no me gustaban en absoluto. Murió...

—Y se resolvió su problema.

—Él tenía otros enemigos, fuera de mis empresas. De todos modos, muchas cosas saldrán a la luz durante el proceso. Los roces entre él y yo, profesionales, por supuesto, y sus excesivas atenciones hacia mi esposa, fueron, simplemente, una coincidencia. ¿Lo ha entendido bien?

—Espero que sea sincero, señor Philidor. Yo lo publicaré todo sin quitar ni añadir una coma, pero alguien dirá la última palabra acerca de usted y esa muerte.

—Lo sé y estoy absolutamente tranquilo, porque soy inocente. Adiós, amigo mío.

La imagen de Philidor desapareció de la pantalla. Fanloe cortó el contacto y se volvió sonriendo lacia la chica.

—¿Vamos, Thulia?

CAPÍTULO V

Situados en lugar discreto, presenciaron la fúnebre ceremonia. Un clérigo recitó las últimas oraciones, dedicadas al difunto, y luego, el ataúd fue bajado a la tumba.

La concurrencia era más bien escasa. Media docena de hombres, de edad ya madura la mayoría y a los que Fanloe juzgó amigos de Mims, seguramente antiguos clientes, y una mujer, enlutada de pies a cabeza y cubierto el rostro con un espeso velo. Puesto que, Fanloe lo habla averiguado en el departamento de policía, el muerto no tenía familia, juzgó que aquella mujer, de figura más bien llena, tenía que ser la amiga que iba con frecuencia a aliviar su soledad.

Cuando la ceremonia hubo terminado, algunos de los asistentes dieron el pésame a la mujer y estrecharon su mano. Fanloe se acercó último

—Señora...

Ella lo miró a través del velo.

—¿Era usted amigo de Petey?

—En cierto modo, señora. Soy Digby Fanloe del *XXI News.* Permítame que le presente a la señorita Orghe, quien también conoció al pobre Petey.

Las dos mujeres se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.

—Lamento conocerla en tan triste circunstancias, señora —dijo la muchacha.

—Gracias. Soy Ketty Brown y, en efecto, era muy amiga de Petey. Su muerte ha supuesto un duro golpe

para mí…

—Precisamente de eso queríamos hablarle, señora Brown —manifestó Fanloe—. Pero en otro lugar, si no tiene inconveniente. ¿Aceptaría tomar algo con nosotros en el parador que hay a medio kilómetro de este lugar?

—Sí, desde luego.

Una vez en la cafetería, Ketty se quitó el velo. Tal como había supuesto Fanloe, andaba por los cuarenta años, era más bien rolliza y tenía unas facciones agradables, ahora un tanto alteradas por el dolor.

Esperaron a que una camarera los sirviera. Después de tomar un poco de café, Ketty fijó la vista en el joven.

—¿Y bien, señor Fanloe?

—Señora, la señorita Orghe y yo estuvimos hablando anteayer con el pobre Petey. Se trata de un asunto relacionado con la época en que él era dueño del hotel Enday. Usted, sin duda, conocerá esta circunstancia.

—Yo conocía a Petey desde hacía muchísimos años. Fue un buen amigo de mi esposo. Enviudé hará unos cinco años, cuando él ya se había retirado. Un día vino a visitarme y… bien, Petey me agradaba mucho, pero no me gustaba vivir aislada, en el campo. Por eso iba a visitarlo con frecuencia. Yo comprendía que él quisiera vivir allí y nunca lo presioné para que dejara aquella casa que, según me dijo en más de una ocasión, había sido el sueño de su vida.

—Lamentablemente, ese sueño fue truncado por una bala. Petey nos mencionó algo muy interesante el

día que estuvimos hablando con él.

—¿Era algo referente a un tal Jellykhod?

—¿Quién es Jellykhod? —preguntó Fanloe, sorprendido.

—El hombre que estaba con él en su casa. ¿No lo vieron ustedes?

Fanloe hizo un gesto negativo.

—Ni lo vimos ni Petey nos dijo que tuviera un huésped —respondió.

Ketty apretó los labios.

—Hacía ya algunas semanas que vivía allí —declaró—. A mí no me gustó nunca. Desde el primer momento, sentí una viva antipatía hacia Jellykhod, instinto, supongo. Pero no podía pedirle a Petey que lo despidiera, claro. Por otra parte, cuando yo iba a verlo, Jellykhod se portaba con suma discreción y no nos molestaba en absoluto para nada. Tengo la impresión de que Petey estaba siendo forzado a hospedarlo, aunque nunca me dijo nada al respecto.

—Es extraño. ¿Por qué no lo mencionó él, cuando fuimos a verlo? —preguntó Thulia.

—¿No lo vieron ustedes? —insistió Ketty.

—Petey estaba pescando en el río. Ni siquiera entramos en la casa —respondió Fanloe.

—Tuvo que ser él, Jellykhod —dijo la mujer rabiosamente—. No sé por qué, pero Jellykhod es el asesino. Me he hartado de llamar a la casa y no contesta nadie. Si ese tipo es inocente, ¿por qué ha huido?

—Es una actitud muy comprometedora, en efecto —convino el joven—. ¿No sabe usted dónde podemos

encontrarlo?

—No tengo la menor idea. Jellykhod apareció allí como caído del cielo y Petey no me dio jamás detalles acerca de ese individuo. Nunca dijo qué hacía ni de dónde venía...

Fanloe se volvió hacia la muchacha.

—Tendremos que hacer una visita a la casa del río.

—Sí, desde luego —accedió ella—. Pero, me parece, te olvidas de algo muy interesante, que nos mencionó el señor Mims cuando hablamos con él.

—Pensaba preguntárselo ahora —dijo Fanloe—. Señora Brown, Petey nos dijo algo sobre los antiguos registros del Enday. Los había conservado, pero, según parece, por considerarlos valiosos, están en la caja de alquiler de un banco. Nosotros necesitábamos examinar los registros en determinadas fechas de hace siete años. Ahora, muerto él, claro, es imposible...

—No —contradijo Ketty—. No es imposible y si esos registros sirven para encontrar al asesino, los tendrán ustedes.

Fanloe dio un bote en su asiento.

—¿Cómo es posible? —exclamó.

—En los últimos tiempos, Petey, según parece, temía algo. Nunca dijo de qué se trataba, pero ahora, por desgracia, ya lo sabemos. Por eso me dejó una llave de la caja de alquiler y la autorización para abrirla en caso necesario.

—Eso es magnífico... Perdone mi entusiasmo, señora Brown; no he podido contenerme...

Ketty hizo un gesto benevolente.

—No se preocupe —sonrió—. El banco está ya

cerrado, pero pueden venir a buscarme a las nueve de la mañana.

—Señora, no sé cómo agradecerle…

—Si con esos registros encuentran al asesino, me daré por bien pagada —respondió la mujer.

—Haremos todo lo posible, señora Brown. ¿Quiere que la llevemos a algún sitio?

—No gracias… Bueno, déjenme en el cementerio. Mi coche esté allí… —Ketty sonrió tristemente—. Mis ingresos no dan para un aeromóvil —añadió.

Fanloe pidió la cuenta y se puso en pie.

—Cuando guste, señora.

Al separarse de Ketty, Fanloe consultó su reloj y luego miró a la muchacha.

—Todavía tenemos un par de horas de luz —dijo —. ¿Qué te parecería darnos una vueltecita por la casa de Petey?

—Es una idea estupenda —aprobó Thulia.

El aparato se posó suavemente sobre el césped, a pocos pasos de la veranda que daba al río. Fanloe saltó al suelo y tendió la mano de la chica. Juntos, avanzaron hacia la casa.

De pronto, cuando ya llegaban a la veranda, Fanloe vio la puerta abierta violentamente. Colgaba de una de las bisagras y había en ella señales evidentes de golpes propinados con algún objeto pesado.

—Han estado aquí —exclamó.

—¿Jellykhod? —apuntó ella.

—Tendría una llave, supongo. Pero, ¿por qué destrozar la puerta?

Thulia señaló una de las ventanas próximas.

—Hay rejas —indicó.

Fanloe asintió. Empujó la puerta y ésta se cayó al suelo con gran estrépito. Desde el umbral, atónitos, contemplaron la devastación que se había producido en el interior de la casa.

—¡Dios mío! Parece que haya pasado un ciclón por aquí…

Fanloe avanzó unos pasos. No había mueble que no hubiese sufrido algún destrozo. Los armarios estaban abiertos y su contenido esparcido por los suelos. Los paños que cubrían algunos de los estantes habían sido quitados violentamente, para ver si ocultaban algo debajo.

Los entrepaños de las paredes habían sido rotos a hachazos. En los dormitorios, los destrozos no eran menores.

A Fanloe, sin embargo, le extrañó un detalle.

—¿Por qué no han levantado el suelo? —dijo, al observar el perfecto estado del pavimento.

—Hay un sótano y se entra por una puerta trasera, que también está rota —dijo Thulia, que había salido a investigar por fuera de la casa—. En el sótano no hay más que algunos trastos viejos y un par de estanterías con botellas —añadió.

—Bien, lo único evidente por ahora es que aquí ha estado alguien y que buscaba algo que no sabemos si encontró ni tampoco de qué se trataba. Petey, acaso, sabia detalles de cierto asunto que desconocemos o tal vez guardaba algo interesante. El o los autores del destrozo lo sabían y por eso registraron la casa.

—Pudo ser Jellykhod —apuntó ella.

—Si vivía aquí, no le era necesario…

—Cuando Petey estaba vivo, no podía hacer un registro a fondo.

—Es cierto —admitió Fanloe—. Bien, el caso es que nosotros no hemos encontrado nada que pueda darnos la menor pista. Por tanto, tenemos que marcharnos, sobre todo, si pensamos que he de terminar todavía mi reportaje sobre Philidor.

De pronto, Fanloe reparó en un cuadro que colgaba torcido de una de las paredes. Parecía claro que alguien había mirado por la parte posterior, dejándolo luego sin molestarse en volverlo a su posición normal.

Maquinalmente, Fanloe se dispuso a situarlo correctamente. Entonces, el clavo se soltó de la pared y el cuadro cayó al suelo ruidosamente. El marco se rompió en un par de trozos, y el cristal estalló y el cartón protector posterior se separó un poco. Algo blanco fue despedido en parte y asomó a la vista de los dos jóvenes.

—Eh, ¿qué es esto? —exclamó Fanloe.

Al inclinarse, vio que era un sobre cerrado, muy grueso, con una indicación escrita en el anverso: PARA KETTY BROWN.

* * *

Ketty recibió el sobre por la mañana y lo rasgó. En el interior, había otro con una segunda indicación: MI TESTAMENTO.

Los ojos de Ketty se llenaron de lágrimas al conocer el contenido del testamento.

—Me lo deja todo —declaró minutos más tarde—. Su cuenta, sus bonos bancarios, la casa del rio…

Ketty lloró un poco más y luego procuró serenarse.

—Era un buen hombre. Dios lo tenga en su gloria, y haga que el asesino reciba su castigo —dijo, mientras se secaba las lágrimas—. ¿Vamos al banco?

—Cuando usted guste, señora.

Media hora más tarde, entraban en el banco. Ketty presentó la autorización que le había dejado el difunto y el empleado accedió sin más inconvenientes a llevarla al departamento de cajas de alquiler.

Fanloe y Thulia aguardaron fuera. Al cabo de unos minutos, Ketty se hizo visible nuevamente.

—Son muchos los libros —manifestó—. No podré cargar con todos.

El joven se volvió hacia Thulia.

—Creo que sólo nos interesan los de la época en que se hospedó allí el… fontanero —dijo.

Ella asintió.

—Mire a ver si encuentra el correspondiente al año 2091, señora —indicó.

—Está bien.

Ketty regresó al departamento, para volver a los pocos momentos con un viejo libro en las manos.

—Pueden quedárselo —dijo.

—Gracias, señora. Espero algún día poder pagar este inmenso favor —sonrió Fanloe.

—Procure encontrar al asesino, es todo lo que deseo.

El joven asintió. Ketty se despidió de ellos en la calle.

—Voy a ver a mi abogado —manifestó—. Tendré que encargarlo de los trámites legales para ejecutar el testamento del pobre Petey.

Thulia tomó las manos de la mujer.

—Adiós, señora Brown —dijo—. Créame, nos ha hecho un inmenso favor. Nunca se lo agradeceremos bastante, se lo aseguro.

Ketty sonrió tristemente.

—Es usted una chica encantadora —contestó.

Fanloe y Thulia volvieron a quedarse solos. Luego, él se volvió hacia la joven.

—Te llevaré a mi casa, para que examines el libro con toda tranquilidad. Yo tengo algo que hacer, ¿comprendes? He concertado una cita con el contratista del rascacielos de Philidor, ya sabes para qué, supongo.

—De acuerdo, Digby.

Fanloe se acercó a su aeromóvil. Ella entró y alargó la mano para coger el libro que él le tendía. Entonces, Fanloe sintió en sus espaldas el contacto de algo duro, a la vez que oía una voz de tonos bajos, pero claramente amenazadores:

—Si quiere seguir viviendo, déme ese libro.

El joven se estremeció. Desde el interior del coche, Thulia, estupefacta, contemplaba la escena, sin comprender muy bien lo que sucedía.

Una mano izquierda, enguantada, se apoderó del registro. Fanloe, impotente, tuvo que resignarse a ser despojado de algo que era de sumo interés para ellos.

—He sido una tonta —dijo Thulia momentos después.

—¿Por qué? —preguntó el joven, intrigado por el reproche que ella se hacía a si misma—. El tipo tenía una pistola. Era evidente que nos seguía y que aguardó el momento preciso para apoderarse del libro...

—Justamente por eso —lo interrumpió Thulia—. Pude imaginar que nos seguirían, pero me porté muy descuidadamente y no pude evitar el despojo.

—Ese hombre actuó muy bien. Si nos siguió, no me di cuenta. Por tanto, no tienes que hacerte ningún reproche.

—Digby, a mi madre también la siguieron. ¿Por qué crees que tuvo que escapar tan precipitadamente? La siguieron a ella y ahora me siguen a mí, eso es todo.

Fanloe sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué siguen?

—En pocas palabras: competencia comercial. Pero ya te lo explicaré con más detalle otro momento. Puesto que ya no puedo examinar el libro, me gustaría acompañarte. Quiero oír lo que tiene que decimos el contratista, Digby.

—De acuerdo, encanto.

CAPÍTULO VI

Hank Mywerson era un sujeto alto, robusto, de cabello corto y áspero, como un cepillo de cerdas, y mandíbula de granito. Al verlo, Fanloe pensó que debía tratar a sus empleados con mano de hierro. «Si no usa el látigo, le falta poco», se dijo.

—Soy Fanloe, del *XXI News* —dijo—. Ella es mi ayudante personal, Thulia Orghe. Muchas gracias por haber accedido a recibirnos, señor Mywerson.

—El señor Philidor me avisó de su posible visita —contestó el hombre—. Siéntense; haré que traigan café...

—No se moleste, gracias.

Mywerson se sentó tras su mesa de trabajo y movió la mano.

—Adelante, cuando gusten.

—Señor Mywerson, usted fue el contratista del rascacielos Philidor. Tuvo que demoler el hotel Enday y excavar en su lugar los cimientos del rascacielos, ¿no es así?

—En efecto, así fue. Una tarea bastante costosa, pero que dio un resultado perfecto. El arquitecto que trazó los planos conoce su oficio, créanme.

—No lo dudo. ¿Puede decimos cuál fue la profundidad de la excavación para los cimientos?

—Bien, los datos son ligeramente variables. Encontramos un estrato de roca dura a veintidós metros de la superficie, pero no resultó un obstáculo demasiado fuerte, merced a un nuevo procedimiento

ideado precisamente por el arquitecto. Se empleó una perforadora que pulverizaba la roca en los lugares deseados... Lo mismo que se hizo con las capas superiores, claro. De este modo, no se necesitaba excavar el suelo totalmente.

—No entiendo —dijo el joven.

—Bueno, la base del edificio, que tiene ahí sección rectangular, es de unos seis mil cuatrocientos metros cuadrados. Los lados más largos miden noventa metros, por setenta de anchura. Ahora bien, si tenemos en cuenta que la profundidad media máxima es de setenta y siete metros, el total de la excavación, realizada por procedimientos tradicionales, hubiera rozado el medio millón de metros cúbicos de material extraído. Demasiado trabajo y demasiado dinero; por eso el método Greenhill, nombre del arquitecto, nos evitó un coste excesivo en todos los aspectos.

—¿Cuál fue ese procedimiento? —preguntó Thulia.

Mywerson sonrió.

—Ordinariamente, se lo llama el método del corte de las pastas que van al horno —contestó.

Thulia puso cara de circunstancias.

—Las pastas que van al horno...

—Bueno, usted hace la masa, si las quiere hacer en casa y luego, con el molde cortante, divide esa masa, lo mismo que se realiza en las pastelerías industriales con las máquinas apropiadas. ¿Me explico bien?

—Yo sí lo entiendo —dijo Fanloe—. También se recortan así las monedas metálicas...

—Y los billetes de banco y las hojas de los libros... El método Greenhill «corta» el suelo en el grueso

deseado para los cimientos. Corte, mediante pulverización de la tierra y la roca, y extracción por aspirador. El hueco se rellena así con el cemento y el hierro y, de esta manera, la solidez de los cimientos es incomparablemente mayor, puesto que el edificio, por así decirlo, se «funde» con el suelo en que se basa.

—Un método original y revolucionario —calificó el joven—. Cortes de hasta setenta y siete metros... Y sectores del suelo que permanecen intactos, ¿no es así?

—Efectivamente. Pero, ¿por qué les interesa tanto este aspecto de la construcción?

—Estoy haciendo un reportaje sobre el edificio y quiero conocer al mayor número posible de detalles. ¿No le sería posible facilitarme una copia de los planos?

—Se lo diré a mi secretaria. ¿Algo más, señor Fanloe?

—Bueno, pienso que, si pulverizan parte del suelo, aunque no sea tanto como si lo excavasen en su totalidad, extraerán una enorme cantidad de escombros...

Mywerson se echó a reír.

—Todo se aprovecha, amigo mío. El polvo extraído por potentes aspiradores, pasa inmediatamente a una máquina que lo aglomera, mediante elementos que le confieren ligazón y consistencia, en sólidos ladrillos, que sirven luego para otros edificios. No se pierde un solo gramo de escombros, créanme.

Fanloe y la muchacha se marcharon poco después. El joven, sin embargo, no se sentía muy satisfecho.

—Temo que no conseguiremos nada —dijo—. El

generador de la puerta espacial, si no ha sido destrozado por las excavadoras...

—No ha sido destrozado —dijo Thulia con voz firme.

—¿Cómo puedes saberlo? —se extrañó él.

—Mywerson lo habría dicho. Los operarios habrían encontrado una máquina extraña y no ha mencionado nada al respecto. Por tanto, el generador está entre el cemento de los fundamentos.

—Hay sótanos que llegan mucho más abajo...

—El generador estaba a casi treinta metros.

Fanloe respingó.

—¿Cómo pudo llegar el fontanero a tanta profundidad?

—De la misma forma que llegaré yo... si consigo localizar el lugar exacto en que está el generador —contestó ella sorprendentemente.

El joven se llevó las manos a la cabeza.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que crees que moverse por el subsuelo, a través de la roca y el cemento, es lo mismo que nadar en el río?

—Lo conseguiré, Digby —dijo Thulia.

—Me gustaría saber cómo, aunque tal vez no quieras explicármelo.

—Mywerson han dicho que te enviará por correo una copia de los planos. Mientras tanto, yo veré de conseguir una copia de los planos del hotel Enday.

—¿Cómo? —exclamó Fanloe, que no salía de su asombro.

Ella le dirigió una deliciosa sonrisa.

—¿No hay un departamento municipal de

construcciones urbanas, donde se archivan los planos de todos los edificios, una vez se han concedido los permisos oportunos?

—Es verdad —reconoció él—. ¿Piensas buscar los planos del Enday?

—Y sacar una copia. Comparándolos con los del rascacielos, y puesto que conozco con toda exactitud el lugar donde está el generador, podremos ir a buscarlo, para terminar definitivamente la puerta especial.

—Thulia, si un día puedo publicar un reportaje sobre lo que estamos haciendo, conseguiré la fama.

—Por ahora, todo es secreto, mientras los gobiernos de la Tierra y de Hakindel no acuerden divulgar sus acuerdos. Naturalmente, no puedes decir nada en tu periódico. No te creerían, simplemente.

Fanloe se volvió para mirarla con ojos críticos.

—Viéndote, nadie creería que no eres una terrestre —sonrió—. Y, dime, ¿cuándo piensas buscar los planos del Enday?

—Hoy mismo, mientras tú te entrevistas con el arquitecto Greenhill.

—Muy bien; te llevaré al Ayuntamiento y luego iré a ver al arquitecto.

Fanloe programó en la computadora de a bordo el rumbo adecuado para sus propósitos. De pronto, Thulia abrió el bolso que siempre llevaba consigo.

—Voy a empolvarme la nariz —dijo.

La polvera, observó Fanloe, era extrañamente grande; medía más de veinte centímetros de diámetro y el espejo de la tapa, situado en el interior, quedó en posición algo inclinada hacia afuera, ya que ella había

situado la polvera bajo sus rodillas. Pero con gran asombro, Fanloe se dio cuenta de que Thulia no hacía el menor gesto para darse polvos en la nariz.

—Nos siguen, Digby —exclamó ella repentinamente.

* * *

Fanloe dio un respingo al oír aquellas palabras. El aparato se agitó un poco pero volvió a la normalidad, dado que volaba merced al piloto automático.

—¿Quiénes nos siguen? —gritó.

—Ellos —respondió Thulia—. Pero no te preocupes; voy a quitármelos de encima muy pronto.

—Me gustaría saber quiénes son «ellos» —refunfuñó el joven.

—A mi madre también la persiguieron, Digby.

—Pero murieron… Oye, no irás a decirme que son los hijos de aquellos dos tipos, ¿eh?

—Son sus descendientes en el escalafón —contestó Thulia con insospechado buen humor—. Pero, en el fondo, quieren lo mismo.

—Y, ¿qué es lo que quieren, si se puede saber?

—Te hablé de dos bandos en competencia comercial. Yo estoy en uno y ellos en el otro, eso es todo.

—Dos bandos —repitió Fanloe—. Uno será el de los buenos y el otro el de los malos.

—Yo pertenezco al primero, Digby.

—Ellos afirmarán todo lo contrario, Thulia.

—Es cuestión de perspectiva. Pero puedo

asegurarte… Por favor, ¿quieres dejarme los mandos?

—¿Qué es lo que pretendes? —preguntó él, muy suspicaz.

—Deshacernos de nuestros perseguidores, nada más.

—Has dicho «nuestros».

—Volamos en tu aeromóvil. Tú estás a mi lado. Si te ponen la mano encima, no lo pasarás muy bien.

—Anda, cuéntame otra de miedo —dijo Fanloe, sarcástico.

—No me crees, ¿eh? Está bien; si prefieres que te asen vivo…

Thulia cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud impasible. Fanloe empezó a pensar que tomar precauciones no estaba de más. Pese a todo, ella siempre había sido sincera, aunque reticente en ocasiones, y ahora estaba seguro de que no bromeaba.

—Está bien —cedió finalmente—. ¿Sabes manejar uno de estos cacharros?

—Hombre, ¿qué te has creído? —protestó la chica —. Anda, déjame tu sitio. Y ajústate el cinturón; vamos a movernos un poco.

Fanloe ocupó el sillón de Thulia. Ella colocó la polvera en la repisa de los instrumentos.

—Tienes retrovisor por cámara y pantalla de televisión —indicó Fanloe.

—No sirve, no es detector.

—Y ¿esa polvera si?

—En efecto.

Thulia había desconectado ya el piloto automático y manejó el control de velocidad. La del aparato

aumentó en el acto.

Los edificios de la ciudad desfilaban por debajo de ellos. El perfecto sistema de radar de los numerosos aeromóviles que había en los aires en aquellos momentos evitaba las colisiones.

En pocos minutos, abandonaron el espacio aéreo de la ciudad. Fanloe miraba con frecuencia la pantalla del retrovisor. Detrás de ellos, manteniéndose tenazmente en la estela, volaba otro aeromóvil.

Thulia ejecutó algunas maniobras de evasión. Fanloe observó que el otro aparato las seguía puntualmente.

—No conseguirás despegarte —dijo.

—Aún no es el momento —contestó ella inmutable.

La supuesta polvera permanecía quieta, frente a la muchacha. Fanloe supuso que tenía algún mecanismo de adherencia, porque no se había movido en ningún momento. Ella no dejaba de observar el espejo que, supuso Fanloe, debía de proporcionarle datos sobre las actuaciones de sus perseguidores.

Poco más tarde, volaban sobre el campo abierto. De súbito, Thulia lanzó un grito:

—¡Cuidado, van a disparar!

El aparato se ladeó bruscamente hacia la derecha. Durante una fracción de segundo, Fanloe vio al otro lado una línea recta, que despedía un tremendo resplandor blanco. Tenía casi diez centímetros de grosor y, en los bordes, se divisaban unas tenues nubecillas de vapor.

La visión, sin embargo, duró muy poco. A Fanloe le

pareció que había contemplado la aparición de una gigantesca lámpara fluorescente, que se había encendido y apagado en décimas de segundo.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué ha sido eso? —peguntó débilmente.

—Una descarga de luz sólida. Nos habría volatilizado en el acto.

Fanloe miró de nuevo el retrovisor.

—¿Cómo., supiste que iban a disparar…?

—Lo señaló el detector. Cuando prepara un disparo, el arma necesita un corto período de calentamiento, quince o veinte segundos. Ese es su principal fallo, aparte de que luego es preciso dejar pasar algunos minutos para la recarga.

—¡Dios nos asista! —se aterró el joven—. En la Tierra no se han producido jamás armas semejantes…

Súbitamente, Thulia lanzó un grito.

—¡Agárrate, Digby!

El aparato se precipitó hacia abajo a gran velocidad. Fanloe vio ascender la tierra rápidamente y pensó que iban a estrellarse.

El otro aeromóvil los seguía a menos de trescientos metros de distancia. Thulia enfiló un grupo de árboles que había en la cumbre de una pequeña loma.

Fanloe se tapó la cara con las manos.

—¡Adiós, mundo cruel! —gimió.

El aeromóvil atravesó el hueco entre dos árboles, rozando literalmente el suelo, a más de ochocientos kilómetros a la hora. Thulia emitió un aviso:

—¡Digby, mira el retrovisor!

El joven abrió los ojos. En el mismo instante, el

piloto del otro aparato trataba de imitar la maniobra de Thulia.

Había perdido demasiada altura, sin embargo. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde.

La panza del aeromóvil tocó el suelo con indescriptible violencia, lo que provocó un tremendo rebote en sentido oblicuo hacia arriba. El aparato dio varias volteretas en el aire. Tan sólo con aquellos bruscos movimientos, los ocupantes debían de padecer horriblemente.

«Si es que no han muerto ya», pensó Fanloe.

Perdido el control, el aeromóvil se precipitó a tierra. En el momento del choque, se produjo un tremendo fogonazo. Brotó una gran nube de humo y eso fue todo.

—El cañón de luz sólida ha estallado —dijo Thulia.

Ella pilotaba ahora el aparato, a una velocidad mucho más moderada, y lo hizo evolucionar sobre el lugar del impacto. Cuando llegaron allí, Fanloe se quedó estupefacto.

La nube de humo se había disipado, esparcida por el viento. En el suelo no había el menor rastro del aeromóvil. Sólo un enorme círculo ennegrecido señalaba el punto de la caída.

—Pero no te hagas demasiadas ilusiones —advirtió la chica—. Todavía deben de quedar más perseguidores sueltos por ahí.

—¿En qué acabará todo esto? —se lamentó Fanloe.

Pero Thulia no quiso responderle.

—Regresemos —dijo—. Tenemos que hacer.

—Tú. Yo me vuelvo a casita, a ver si consigo que

se me pase el susto.

—¿Cómo Digby?

—Con la medicina infalible para estos casos: una buena botella de whisky.

CAPÍTULO VII

Fanloe se levantó a la mañana siguiente y muy pronto supo que Thulia había madrugado mucho más, porque ya no estaba en la casa. Supuso que habría ido a alguna parte y, diciéndose que ya volvería un rato u otro, se fue al baño.

Había exagerado al mencionar la botella. Sólo había tomado un par de buenos tragos, sin pasarse. No le gustaba emborracharse; no resolvía nada y al día siguiente aparecía en un estado pésimo. Mientras se preparaba el desayuno, pensó en todo lo que le había sucedido hasta entonces.

¿Era real? ¿Lo estaba soñando?

Thulia había mencionado un tratado secreto entre los gobiernos de la Tierra y de Hakindel. ¿Quién podría confirmar o desmentir aquel dato?

Recordó que tenía un amigo en el ministerio del espacio, un viejo condiscípulo al que hacía muchos años no veía. Si existía realmente el tratado, su amigo tendría que saber algo a la fuerza. A fin de cuentas, su ministerio se ocupaba de la navegación espacial y debería tener relación con todo aparato que se moviese fuera de la atmósfera terrestre.

Y los hakindelianos no llegaban a pie desde su planeta, concluyó así sus reflexiones, dispuesto a ver a su amigo, para que le aclarase el asunto. «Iré ahora mismo...», pensó.

El timbre de la puerta lo interrumpió.

Cruzó la sala, abrió y se encontró ante un

imponente sujeto, de más de dos metros de altura y ciento diez kilos de peso.

—¿Señor Fanloe? —preguntó el desconocido.

El joven, a su pesar, retrocedió un paso, impresionado por el aspecto de aquel gigante.

—Sí, yo mismo

—Me llamo Backuss, señor. Soy el piloto personal del señor Philidor —manifestó el hombre—. El señor Philidor quiere entrevistarse con usted, señor.

—Ya hablamos bastante el otro día...

—El señor Philidor previó esa respuesta. Dice que ahora se trata de otro asunto, que, sin duda le interesará a usted muchísimo.

A Fanloe le picó la curiosidad.

—De todas formas, podía haberme llamado y yo habría acudido a su casa. No está tan lejos...

—El señor Philidor está ahora en la otra residencia —dijo Backuss—. Por favor, señor Fanloe...

—Sí, estoy dispuesto.

* * *

El aeromóvil dio una vuelta sobre el desfiladero, precipicio, de paredes verticales, y de más de trescientos metros de altura. Por el fondo, corría rápido un rio turbulento, espumeante, pero el final del viaje estaba en la cima, junto al borde, en el que se veía una casa de audaz diseño, que parecía colgada sobre el precipicio. Cuando el aparato aterrizó en la explanada situada en el arranque de la meseta, un hombre salió a recibir al pasajero.

—Soy Jughens, secretario personal del señor Philidor —se presentó—. El señor Philidor le está aguardando, señor Fanloe.

—Muy amable por su parte —contestó el joven.

El lujo de la residencia lo asombró, aunque procuró no mostrarlo externamente. Philidor, vestido con ropas holgadas, ofrecía un aspecto muy distinto del habitual.

—Gracias por haber venido, amigo Fanloe —dijo —. ¿Algo de beber?

—Café, gracias.

—Ahora misma por supuesto.

El enorme salón, suelo oscuro, espejeante, y paredes totalmente de cristal, daba al desfiladero y desde allí se ofrecía una vista excepcional. Philidor sonrió al ver la expresión de Fanloe.

—¿Le gusta?

—Muchísimo. Debo admirar su buen gusto, señor Philidor. Y también su fortuna.

—Suele decirse que la riqueza está reñida con la estética. Sólo en algunas ocasiones, claro. Y no olvide que, antes de dedicarme a los negocios, yo también era arquitecto.

—Sorprendente —dijo Fanloe—. ¿Trazó usted los planos de su rascacielos?

—No, ya no tenía tiempo para ello. Simplemente, me limité a dar algunas instrucciones de carácter general y sobre algunos aspectos personales, pero, por lo demás, concedí plena libertad a Greenhill. Supongo que sabe quién es éste.

—Ciertamente —contestó el joven, a la vez que

aceptaba la taza que le ofrecía su anfitrión. Estaba en los prolegómenos y procuró no mostrar impaciencia. Philidor hablaría cuando quisiera y no porque él lo apremiase para hacerla

—¿Ha hablado ya con Greenhill?

—Aún no. Puede que lo haga hoy. Depende de mi trabajo. Recuerde que soy periodista.

—No lo olvido —rió Philidor—. Y, a propósito, quiero mostrarle una cosa. Tengo curiosidad por conocer su interés en ese asunto.

Philidor se acercó a una enorme mesa de cristal, cuyo tablero tenía al menos diez centímetros de espesor, y levantó un gran paño blanco. Un viejo libro quedó al descubierto.

—¡Rayos! —exclamó el joven, sin poder contenerse.

—Lo reconoce, ¿eh? —sonrió Philidor.

Fanloe volvió la mirada hacia el financiero.

—Usted ordenó que nos lo quitasen…

—Se equivoca. Debo admitir, sin embargo, que si ordené lo siguieran a usted. Así me enteré del despojo de que habían sido objeto usted y la chica que lo acompañaba. Mi… informador me dijo que les habían robado un paquete con un libro y yo le pedí que los recuperase. Ha costado un poco, pero, al fin, pude conseguirlo y aquí están. Pero, en el nombre del Señor, ¿qué interés tienen ustedes por los registros de un hotel que desapareció hace seis años?

Fanloe meditó unos momentos. ¿Debía contarle la verdad?, se preguntó.

Algunas cosas resultarían increíbles para el dueño

de la casa. Tampoco era preciso que se lo dijera. Pero no tenía motivos para ocultar el motivo de haber ido a buscar los libros.

—Su edificio se encuentra ahora donde estaba el hotel Enday —dijo, tras unos momentos de reflexión.

—Nunca lo he negado. Es más, tuve que tratar personalmente con el dueño del hotel.

—¿Por qué?

—Se negaba a vender. Amigo Fanloe, muchos me llaman especulador, y es cierto, pero ignoran el verdadero significado de la palabra especulador: el que calcula, ¿me comprende?

—Esa palabra tiene muy mala fama, en efecto —sonrió el joven.

—Especulé… calculé, mejor dicho, lo que podía suceder si derribaba la mayor parte de aquel viejo barrio, tanto en el aspecto moral como en el económico. Gané mucho dinero, pero el barrio es otro ahora. Han desaparecido tipos poco agradables, antros, tugurios, casas de mala nota; hay jardines, donde antes sólo había solares llenos de basura… La criminalidad ha descendido a niveles prácticamente nulos… ¿Es eso obrar mal, Digby?

—¿Pagó lo justo a los dueños de las casas?

—Creo que sí. El solar era lo que valía y no el edificio. Todos salimos ganando, pese a lo que puedan decir por ahí tipos interesados en sostener lo contrario. Son gente resentida, frustrada, hirviendo de envidia porque yo hice lo que ellos tan vez habían pensado, pero nunca se atrevieron ni se arriesgaron a llevar a la práctica. Por eso me acusan de haber ordenado el

asesinato de Macintosh, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

—En fin, dejemos esto y volvamos al asunto de los registros. ¿Cuál era el interés en ese libro?

—Hace siete años, bueno, ocho, en realidad, un hombre se alojó en ese hotel y estuvo viviendo allí durante diez meses. Hizo algunos trabajos en la instalación de agua y luz y la dejó todo en perfectas condiciones. El dueño, usted lo conocía muy bien, quedó encantado con la labor de su huésped.

—¿Eso es todo? —dijo Philidor, asombrado.

—Lo lamento, pero no puedo decirle más, sin permiso de la chica que me acompañaba el otro día.

—Pídaselo. Quiero saber...

—Imposible. Se ha marchado y no sé dónde está.

—Fanloe, he sido franco con usted...

—Y yo también. Pero usted, por ejemplo, no me contará algunos secretos de sus finanzas, ¿verdad? Hay cosas que no le conviene lleguen a oídos del gran público, y eso es lógico. Bien, a mí me sucede lo mismo con lo que se refiere al huésped de la habitación treinta y siete del hotel Enday.

Philidor entornó los ojos.

—Hablará con la muchacha cuando vuelva a verla, espero.

—Le diré que tiene usted los registros —contestó Fanloe—. Ella tomará una decisión y nosotros la aceptaremos.

—Procure convencerla, Fanloe.

—Lo intentaré, pero no anticipo una respuesta positiva. Y, dígame, ¿qué ha sido del ladrón de los

libros?

Philidor emitió una sonrisa maliciosa.

—Supongo que se despertaría con un tremendo dolor de cabeza, sin saber qué le había ocurrido —contestó—. Una cosa puedo garantizarle: está vivo.

—Lo cual parece desmentir la opinión de la gente acerca de sus tendencias a ordenar asesinatos, ¿no es así?

—Voy a decirle algo que todavía no se ha hecho público —dijo el financiero, repentinamente muy serio—. Quieren obligarme a derribar el rascacielos, alegando irregularidades en su construcción. Como no lo han conseguido por medios legales, están buscando la forma de arruinar mi reputación, y el asesinato de Macintosh es uno de los métodos empleados. Si consiguieran demostrar que tuve algo que ver con ese crimen, me encerrarían en la cárcel. Mis negocios se derrumbarían; iría a la ruina y el edificio pasaría a otras manos, que resultarían muy complacientes a la hora de acatar una orden de derribo, mediante la correspondiente indemnización. ¿Entiende ahora la jugada?

—Sí, excepto por una cosa, señor Philidor. ¿Qué ganarán sus enemigos con el derribo del rascacielos?

El dueño de la casa lanzó un profundo suspiro.

—A mí también me gustaría saberlo —contestó con melancólico acento.

Fanloe se preguntó si aquella confabulación contra Philidor tenía algo que ver con el generador de la puerta espacial, que estaba a treinta metros bajo la superficie. En tal caso, ¿eran los rivales comerciales de

Thulia quienes habían tramado aquel siniestro plan?

Al cabo de unos segundos, Philidor cogió el libro y lo puso en manos del joven.

—Favor por favor —dijo sonriendo.

—Yo no le he hecho a usted ninguno todavía —contestó Fanloe, sorprendido.

—Puede hacérmelo con sus reportajes.

Fanloe se envaró. Philidor adivinó sus pensamientos y levantó una mano.

—No piense mal, no trato de sobornarlo. Sólo le pido imparcialidad, porque algunos de sus colegas no lo serán. Pagados o no, estarán predispuestos contra mí y eso puede perjudicarme considerablemente.

—Seré imparcial, se lo prometo. No publicaré nada que no sea verdad —prometió el joven.

—En tal caso, cuente con mi agradecimiento eterno. Asistirá al juicio, supongo.

—Desde luego. No me lo perdería por nada del murió.

—Es pasado mañana. Allí nos veremos —concluyó Philidor.

CAPÍTULO VIII

—El fontanero del hotel Enday se llamaba Haphod Nwue —dijo Fanloe al día siguiente por la mañana, cuando Thulia hizo su aparición en su casa, después de veinticuatro horas largas de ausencia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la muchacha, sorprendida.

Fanloe señaló el registro del hotel, abierto por la página en que figuraba el nombre mencionado.

—Aquí está el libro que nos robaron —sonrió.

—¡Caramba! ¿Cómo lo has conseguido? ¿Encontraste al ladrón?

—No, aunque otro lo encontró por mí. Bien, ya tienes el nombre. ¿Qué más necesitas?

Thulia hizo un gesto de decepción.

—Nada. Me hubiera gustado hablar con él, pero creo que ha muerto. Por tanto, no puedo conocer ciertos detalles del generador, que habré de averiguar por mí misma... cuando lo encuentre.

—Al menos, sabemos dónde está. Llegar hasta él, será otro cantar. No creo que podamos, sinceramente —dijo Fanloe con aire pesimista.

—Lo conseguiremos —afirmó Thulia.

—¿Estás en tu sano juicio? Oh, perdona, no quise ofenderte... pero, a treinta metros de profundidad... Claro que hay varios sótanos en el edificio Philidor, pero el más profundo no pasa de los veintidós metros, aparte de algunos pozos de servicios y control, en ninguno de los cuales se encuentra el generador, por

supuesto.

—Has hablado con Greenhill, el arquitecto, imagino —dijo Thulia.

Fanloe hizo un movimiento afirmativo.

—Fue una conversación muy útil, pero no pude conseguir muchos más datos, excepto el no hallazgo del generador. Greenhill lo habría mencionado, sin duda, puesto que le hice preguntas discretamente y dijo que no había encontrado otra cosa que tierra y roca en la excavación de los cimientos. Bueno, de las pilastras que sostienen el edificio y que, como sabes, están fundidas con el subsuelo.

—Nosotros encontraremos el generador —aseguró la muchacha.

—¿Tienes algún método para llegar a treinta metros? —preguntó Fanloe, escéptico.

—Sí, desde luego. Pero espera un momento; antes de continuar, quiero enseñarte el lugar exacto donde se encuentra el generador.

Thulia había traído consigo un gran rollo de papel, que desplegó sobre una mesa, sujetándolo con algunos objetos pesados a fin de que permaneciera extendido en todo momento. Al examinarlo, Fanloe vio un gran rectángulo dividido en cuadrados, sobre el cual había superpuesto otro rectángulo de tamaño considerablemente menor.

—Este es un plano muy escueto del rascacielos, a nivel del suelo de la calle —explicó la muchacha—. Como ves, casi en su centro, aunque un poco hacia el Sudoeste, hay otro rectángulo menor, que representa los contornos de la planta inferior del Enday.

»Bien, he dividido el primer rectángulo, trazado rigurosamente a escala 1:100, en cien partes de dimensiones proporcionales. En este plano, de noventa centímetros de largo, por setenta de ancho, que corresponde a las dimensiones reales del original, noventa por setenta metros, como sabes, hay cien rectángulos de nueve por siete centímetros. En el rascacielos serian rectángulos de nueve por siete metros.

»Los rectángulos están designados por letras y números, esto es, coordenadas... como en los cuadrados de palabras cruzadas. Dada la posición que antaño ocupaba el Enday y conociendo el punto exacto en que Nwue situó el generador, podemos, por tanto, focalizarlo en el plano del rascacielos, pero siempre a treinta metros de distancia de la planta representada en este plano. ¿Qué te parece? —preguntó Thulia tras su explicación.

Fanloe apoyó el índice sobre un rectángulo señalado con un trazado de líneas rojas paralelas y que se hallaba situado en el interior del área correspondiente al hotel Enday.

—Supongo que está aquí —dijo.

—Exacto, en el lugar marcado por las coordenadas E-6. E, horizontal, 6 vertical —puntualizó ella.

—Y de aquí, treinta metros abajo... Pero, ¿qué me cuentas de las pilastras fundidas con el subsuelo?

—Ninguna lo toca o ya se habría sabido, recuérdalo.

—Es verdad —convino Fanloe—. Bueno, ahora queda el problema de llegar hasta allí. ¿Cómo piensas

conseguirlo? ¿A base de pico y pala?

—No seas anticuado —rió Thulia—. Tengo otro procedimiento… Pero necesito todavía veinticuatro horas para terminar de ponerlo a punto. Querrás acompañarme, supongo.

—De mil amores, aunque no podré hacerlo mañana. He de asistir a las sesiones del juicio contra Philidor y no puedo dejar de hacerlo. Es mi oficio, compréndelo.

Ella se mordió los labios un momento.

—Está bien —dijo al cabo—. De todos modos, poco importan unas horas más o menos de retraso. En cuanto haya terminado el juicio, estaré lista y nos metemos bajo tierra para alcanzar el generador.

—¿En un submarino?

—Pues… se le parecerá mucho —contestó Thulia, sin hacer caso de la ironía de la pregunta.

* * *

—Señor Crarry, explique al jurado qué hicieron usted y su cómplice el día en que fue asesinado Gary Macintosh —pidió el fiscal.

El acusado se aclaró la garganta. Antes de que pudiera hablar el defensor expresó su protesta.

El fiscal rebatió inmediatamente.

—Todavía no he dicho que el acusado sea culpable de ese delito, pero no existe ninguna duda de que Gary Macintosh fue asesinado. En su cuerpo había varios impactos de bala y, además, tenía los pies metidos en una losa de cemento. Eso no es precisamente, lo que se

llamaría una muerte natural.

Sonaron algunas risas. El juez las acalló con enérgicos golpes de mazo.

—Denegada la protesta —dijo, cuando el silencio se hubo establecido—. El fiscal puede continuar.

—Gracias, señoría. Señor Crarry, antes le hice una petición. Atiéndala, por favor.

—Bueno —contestó Nimman Crarry—, mi amigo y yo, llevamos a Macintosh a un almacén viejo que hay al final de la calle 277 y allí le metimos los pies en un barreño lleno de cemento líquido. Esperamos a que fraguase y luego lo llévanos al rio. Por la noche, claro, para que no nos vieran. Pero entonces nos dio pena y, para que no padeciera, le disparamos unos cuantos tiros. Eso fue todo.

En la sala se produjeron algunas exclamaciones de horror. El defensor hizo un gesto pesimista. Tras aquella confesión, poco podría hacer en favor de su cliente.

—Está bien, señor Crarry —dijo el fiscal—. Acaba usted de declarar exactamente lo mismo que su cómplice, Bruden Walker, ha declarado en esta sala antes que usted. Ahora, por favor, diga si actuaron por iniciativa propia o porque alguien, digámoslo con suavidad, les indicó que Gary Macintosh debía abandonar este valle de lágrimas.

—Nos lo ordenaron —dijo Crarry.

—¿Quién? Diga su nombre, pronúncielo en voz alta para que lo oigan los miembros del jurado.

En la sala se hizo de repente un silencio absoluto. Era el silencio clásico, pensó Fanloe, en que podía

oírse el vuelo de una mosca.

Inesperadamente, sintió un contacto en el brazo izquierdo. Al volverse, vio a poca distancia el redondo rostro de Ketty Brown.

—Está allí —le susurró la mujer.

Fanloe alzó las cejas inquisitivamente. Ketty señaló a un individuo con el mentón.

—Ese es, Jellykhod —dijo en el mismo tono de voz.

Fanloe volvió la cabeza un instante. Dos bancos más allá, un hombre que aun sentado se podía apreciar era de elevada estatura, contemplaba la escena con una singular expresión de avidez en su rostro anguloso, de cejas picudas y nariz aguileña y labios delgados y casi sin color.

—Jellykhod —musitó.

—Sí, el mismo. El que mató al pobre Petey…

La voz del fiscal rompió bruscamente el silencio de la sala.

—Le he hecho una pregunta, señor Crarry —dijo, en vista de la mudez del acusado—. Por favor, diga quién les ordenó dar muerte a Macintosh.

Los ojos de Crarry rodaron unos instantes, como si buscase a alguien entre los espectadores. Fanloe lo miraba atentamente y, de pronto, vio un cambio en su expresión, como si acabara de divisar a alguien conocido cuya presencia le infundiera esperanzas en un trance tan crítico.

Fanloe buscó con la vista el hombre a quien miraba Crarry. Casi no le extrañó saber que se trataba de Jellykhod.

«Entonces, Jellykhod está mezclado en este asunto...», pensó inmediatamente.

Espiando la actitud de Jellykhod, le vio hacer un gesto casi imperceptible. «Confía en mi», adivinó el silencioso mensaje del sujeto, dirigido a Crarry.

Crarry cambió de expresión. Apareció la decisión en su rostro.

—Solomon Philidor fue quien nos ordenó matar a Garry Macintosh —declaró con voz firme.

—Gracias, señor Crarry —contestó el fiscal educadamente, a la vez que se volvía hacia el defensor —. Su turno —indicó.

—Ese hombre miente —siseó Ketty rabiosamente.

El abogado de Philidor se levantó para protestar. El juez le indicó que ya hablaría cuando le llegase su turno. Philidor, apreció el joven, estaba pálido de rabia.

El juez ordenó la suspensión del juicio durante una hora. Fanloe vio que Jellykhod se levantaba y procuró seguirlo para averiguar sus intenciones.

No podía probarlo, pero presentía que se trataba de una conspiración contra Philidor. El financiero podía tener muchos y muy graves defectos, pero Fanloe lo estimaba inocente de la acusación que un asesino había lanzado contra él y que podía conducirlo a la cárcel y a la ruina más absoluta.

Jellykhod abandonó la sala donde se celebraba el juicio y se quedó unos momentos en el enorme vestíbulo del palacio de Justicia, ajeno, al parecer, a los movimientos del gentío que pululaba por aquellos lugares. De pronto, echó a andar y se encaminó hacia

la salida principal.

Había una gran escalinata que conducía a la avenida, pero Jellykhod no la bajó, sino que dobló a la derecha, caminando por la plataforma situada en la base del edificio, una especie de acera elevada, sobre una loma ajardinada, de suaves pendientes, en cuya cúspide se hallaba el edificio en que se administraba la justicia. Fanloe lo siguió discretamente y vio que doblaba la próxima esquina, para acercarse a un lugar donde había una hilera de ventanas situadas a cosa de dos metros del suelo y protegidas por sólidas rejas.

Eran las ventanas que daban a las celdas donde los acusados aguardaban el momento de asistir a juicio. Fanloe vio que Jellykhod recorría unas cuantas ventanas, antes de detenerse al pie de una de ellas.

El sujeto miró a todas partes recelosamente, como para cerciorarse de que estaba solo. Luego, de pronto, metió la mano en un bolsillo y sacó algo que parecía un tubito de cristal, dejándolo en el antepecho de la ventana.

Fanloe ya no quiso ver más. Crarry y su cómplice eran, sin duda alguna, subordinados de Jellykhod. Por qué éste les había ordenado asesinar a Macintosh y culpar luego del crimen a Philidor era algo que, por el momento, escapaba a su comprensión, aunque, sin embargo, había algo que estaba muy claro: Jellykhod trataba de comunicarse con sus secuaces.

Rápidamente, dio media vuelta y regresó al palacio de Justicia. Inmediatamente, se dirigió a la zona de celdas. Conocía al jefe de alguaciles y le pidió ver a Crarry y su compinche.

—Imposible —contestó el policía—. No pueden ser interrogados por los periodistas hasta que el juicio haya terminado.

—Alguien les ha dejado un mensaje secreto en la ventana —dijo Fanloe—. Yo lo he visto.

El jefe de vigilantes conocía bien a Fanloe para saber que no bromeaba y se alarmó en el acto.

—Vamos a ver —exclamó.

El guardia de turno abrió primero la cancela que permitía el acceso a la zona de celdas y luego la correspondiente a la ocupada por Crarry y el otro acusado. Crarry estaba en aquel momento tanteando el antepecho de la ventana con una mano, estirado sobre las puntas de los pies, y el policía llegó a tiempo de ver un tubo de cristal sujeto por dos dedos

—¡Déme eso ahora mismo! —gritó.

Crarry, sobresaltado, se volvió. El policía le arrebató el tubo, en el que se veían unas cuantas tabletas de color blanquecino y un papel enrollado.

Sacó el papel y lo desenrolló. El mensaje que contenía era harto significativo:

> *Tomad las pastillas, tres cada uno. Caeréis en un estado de catalepsia absoluta y se os dará por muertos Luego iré yo a sacaros de la Morgue y os reanimaré Ya tengo el dinero preparado así como los dos pasajes para Río.*

Mike Forbes, jefe de vigilantes, se volvió hacia el

periodista.

—Esto es muy serio —dijo.

—Llama al forense —aconsejó Fanloe.

Crarry y el otro estaban junto a la pared, mirándolos con ojos llenos de terror. Fanloe supo así que sus esperanzas de escapar se habían disipado.

El médico llegó minutos más tarde. Forbes le enseñó el mensaje y el tubo con las pastillas. El médico sacó una con dos dedos y la probó con la punta de la lengua. Casi en el acto, se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Doctor! —se alarmó Forbes.

Había un lavabo en la celda y Fanloe se precipitó para tomar un poco de agua para ofrecérsela al forense en un vaso. Cuando el médico se hubo repuesto, miró sucesivamente a todos los presentes.

—¡Qué diablos…! —barbotó—. Estas malditas tabletas no producen catalepsia ni cosa que le parezca.

—Pues, entonces, doctor, ¿qué es? —preguntó el jefe de vigilantes.

—*¡Cianuro!*

Crarry y el otro estaban terriblemente pálidos. Fanloe se acercó al primero.

—A usted le prometieron escapar a cambio de acusar a Philidor, ¿no es cierto? —exclamó acusadoramente.

Crarry asintió.

—Sí, es cieno —respondió—. Philidor es inocente. Ni siquiera lo conocíamos personalmente…

—¿Has oído, Mike? —preguntó Fanloe.

—Esto introduce un nuevo elemento en el juicio —

dijo el jefe de vigilantes—. Doctor, usted declarara lo que ha pasado aquí.

—Por supuesto —accedió el forense.

—Pero, ¿quién demonios ha intentado asesinar a estos dos pájaros de cuenta? —exclamó Forbes, que aparecía totalmente desconcertado.

Fanloe pensó de inmediato en Jellykhod.

El tipo se habría marchado, dedujo. Y no iría a la morgue, como había prometido falsamente a sus secuaces.

¿Dónde podré encontrarlo? se preguntó.

Quizá Ketty Brown…

Pero la amiga de Mims se había marchado y Fanloe, en virtud de su profesión, se vio obligado a asistir a la continuaron del juicio y su desarrollo subsiguiente, que finalizó con una rotunda declaración de inocencia a favor de Philidor.

CAPÍTULO IX

—El juicio ha terminado ya —dijo Thulia.

Envuelta en una bata, la muchacha calentaba café pan confortar a su anfitrión, quien había regresado a su casa a altas horas de la madrugada, tras dejar escrita la información para ser publicada en el periódico.

—En efecto —contestó Fanloe—. Philidor ha sido declarado totalmente exculpado y los asesinos están muy contentos, porque sólo los van a condenar a cadena perpetua

—Hombre, eso no es para sentirse precisamente optimistas —se extrañó la joven.

—A estas horas, podían estar muertos, Thulia.

Fanloe relató lo sucedido. Thulia se sintió profundamente intrigada por los motivos de Jellykhod.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene ese individuo contra Philidor? —preguntó, cuando el joven hubo terminado su relate.

—Lo ignoro —respondió Fanloe—. He hecho indagaciones y el nombre de Jellykhod no figura entre los nombres de los enemigos de Philidor. Me refiero a enemigos en los negocios, claro.

—Puede que se trate de un hombre de paja, como suele decirse —apuntó Thulia.

—Quizá, y en tal caso, sería difícil averiguar, por no decir imposible, quien está detrás de esta maniobra, claramente dirigida contra Philidor.

—Sí, resultaría difícil —convino ella

pensativamente—. Pero, suponiendo que Philidor resultase derrotado, ¿qué beneficio obtendrían Jellykhod y sus digámosles amigos?

—Muy sencillo —contestó el joven—. Ellos contaban con una sentencia adversa a Philidor, esto es, una condena, lo que, automáticamente, habría representado su ruina total. Las empresas de Philidor habrían caído en picado y alguien las habría comprado por, como suele decirse, cuatro cuartos.

—Sin hablar del rascacielos, que habría sido derribado.

—O tal vez no, pero habría cambiado de manos, indudablemente. Un edificio de ciento noventa plantas, con dos teatros, una docena de salas para conferencias y reuniones, un hotel de máximo lujo, centenares de oficinas comerciales, cuatro plantas de tiendas y un par de cientos de apartamentos de gran standing, son un bocado demasiado apetitoso para que no se cometan los mayores crímenes con tal de conseguirlo.

—Philidor, supongo, debe de sentir agradecimiento hacia ti —dijo la muchacha—. Si no hubieras seguido a Jellykhod, a estas horas, habría sido declarado culpable.

Fanloe se encogió de hombros.

—Lo he hecho por la verdad, no por Philidor —respondió—. Sin embargo, quiero localizar a Jellykhod, para completar mi reportaje con el mayor número posible de detalles.

—¿Sabes dónde encontrarlo? En la casa de Mims, no, desde luego.

—Quizá Ketty Brown pueda decirme algo, aunque no ahora... —Fanloe ahogó un bostezo—. Perdona, pero me caigo de sueño...

Thulia sonrió comprensivamente.

—Te despertaré a la hora de viajar al subsuelo del edificio Philidor —dijo.

Fanloe se sobresalió.

—Es verdad, lo había olvidado —exclamó—. ¿Cuándo piensas... viajar en... en el submarino terrestre?

Ella se echó a reír.

—Parece una incongruencia, pero, en el fondo, está bien dicho. De acuerdo, iremos hoy, a las ocho de la noche.

—Antes habremos visitado a Ketty Brown, si no tienes inconveniente.

—Ninguno —Thulia le dirigió una cálida sonrisa—. Procura dormir. Digby —se despidió para regresar a su habitación.

Fanloe se desvistió, adueñada su mente de ideas nada optimistas con respecto a la muchacha.

—La perderé... —se dijo, muy triste—. Como perdí a la madre... Claro que Thalia estaba ya casada, aunque yo no lo sabía en aquellos momentos... Pero Thulia está soltera... ¡lo lógico es que quiera regresar a Hakindel cuando haya concluido su misión en la Tierra...

El sueño acudió piadosamente en su ayuda y le hizo olvidarse de sus problemas con agradable rapidez.

* * *

El apartamento había sido decorado de forma muy atractiva. Ketty Brown, se apreciaba a primera vista, era una mujer hogareña, amante de la limpieza Cuando vio a los dos jóvenes en el umbral de su puerta, les acogió con gran placer

—No saben cuánto me alegro de verlos de nuevo —dijo— ¿Me permiten ofrecerles algo de beber?

—Café, por mi parte —dijo Fanloe—. ¿Thulia?

—Lo misma gracias, señora Brown —contestó la muchacha.

—Por favor, llámenme Ketty —rogó la dueña de la casa—. Esperen unos momentos...

Ketty se marchó y volvió a poco con una bandeja en las manos. Después de servir el café, miró sucesivamente a sus huéspedes.

—Ustedes han venido a algo más que una visita de cortesía —dijo—. Está bien, si puedo ayudarles, lo haré con mucho gusto.

—Cierto —admitió Fanloe —. Ketty, ¿conoce las noticias sobre el juicio de Philidor?

—Sí, lo han declarado inocente. Los culpables acusaron un tal Jellykhod de haberles pagado para que mataran a Macintosh. Y yo conozco a Jellykhod, claro.

—Por eso hemos venido a verla a usted —dijo el joven.

Hubo un momento de silencio. Luego. Ketty contesto.

—Jellykhod residió durante una temporada en la casa del río, pero se ausentaba con alguna frecuencia,

aunque tales ausencias no solían durar más de cuarenta y ocho horas. A veces, se iba por la mañana y regresaba a mediodía o por la tarde…

—Y no tenía otra residencia.

Ketty se puso las manos en las sienes, como si tratase de forzar su memoria.

—Déjenme pensar —pidió—. Lo escuché un par de veces… Un nombre muy raro…

Fanloe adelantó ávidamente el torso.

—Haga un esfuerzo, Ketty —solicitó.

De pronto, la mujer hizo un chasquido de dedos.

—Ya está. Es una tienda… de artículos electrónicos… Dijo que tenía un gerente y algunos empleados… Ah, sí, el nombre de la tienda es Elec-Sub, pero no sé dónde está…

—Elec-Sub —repitió Fanloe—. Un nombre más bien raro, ¿no te parece, Thulia?

—Quizá tenga alguna relación con… mi asunto —opinó la interpelada—. Ketty ¿no sabe usted dónde está esa tienda?

La mujer hizo un gesto negativo.

—No me preocupé entonces —respondió—. Lo siento.

—Un momento —dijo Fanloe—, Hay un modo de averiguarlo. ¿Ha dicho artículos electrónicos, Ketty?

—Sí, eso es seguro. Lo escuché perfectamente, lo mismo que el nombre de la tienda.

Fanloe se acercó al videófono y presionó la tecla de información. A los pocos segundos, tenía la respuesta en la pantalla:

ELEC-SUB, ESTABLECIMIENTO DEDICADO A LA VENTA DE ARTICULOS Y MATERIAL ELECTRONICOS. EDIFICIO PHILIDOR, 1.ª PLANTA INFERIOR, 01 H. PROPIETARIO: V.N. JELLYKHOD.

Fanloe cambió una mirada de inteligencia con la muchacha.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró. Se volvió hacia la señora Brown—: Gracias por todo. Ketty.

—Deseo que mi ayuda les sirva de algo. Y procuren capturar a ese maldito Jellykhod —contestó la mujer.

Media hora más tarde, Fanloe y Thulia se hallaban en la primera planta inferior del rascacielos, frente a una puerta señalada con la letra H. El rótulo del local era el mismo indicado por Ketty.

Pero en la puerta había otro rótulo, de signo completamente descorazonador:

CERRADO TEMPORALMENTE.

* * *

Estaban cenando en un restaurante discreto, preocupados por la ausencia de Jellykhod, cuyo paradero les resultaba absolutamente incomprensible.

—No sabemos adónde ha podido marcharse... Ciertamente, tiene motivos para esconderse de la

acción de la ley —dijo Fanloe—, Pero, ¡cómo me gustaría ponerle la mano encima!

—Estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, recuerda; tenemos algo muy importante que hacer y no me gustaría demorarlo mucho tiempo.

Fanloe no tuvo tiempo de contestar. Alguien se les acercó en aquel momento:

—¿Puedo sentarme o les disgusta que interrumpa su coloquio? —solicitó Philidor con la sonrisa en los labios.

Fanloe, sorprendido, alzó la cabeza vivamente. El financiero se hallaba en pie junto a la mesa, ligeramente inclinado hacia adelante. A un par de pasos se divisaban tres fornidos sujetos, de rostro pétreo y ojos de hielo. Eran sus guardaespaldas, adivinó el joven de inmediato.

—Será un placer tenerlo con nosotros —respondió —. ¿Quiere cenar?

—Gracias, ya lo he hecho. Pediré champaña para celebrarlo, si me lo permiten —dijo Philidor, después de aceptar la silla que le había aproximado uno de sus vigilantes.

El camarero vino en seguida. Después del primer sorbo de champaña, Philidor se encaró con Fanloe.

—Digby, usted no sólo ha escrito unos reportajes absolutamente imparciales, sino que ha conseguido que se demostrase plenamente mi inocencia. Excuso decirle que le estoy sumamente agradecido, pero también sé que no va a aceptar el menor regalo que un día pudiera ser interpretado como soborno. Soy hombre que no olvida jamás favores u ofensas, sean de

la clase que sean. Por tanto, si un día tiene necesidad de mí, acuda a verme inmediatamente. Dondequiera que me encuentre, lo recibiré en el acto y haré cuanto pueda en su favor.

—Gracias, pero, por ahora, no necesito nada —contestó Fanloe—. De todos modos, tendré presente su oferta.

Philidor volvió la vista hacia Thulia.

—Esta encantadora muchacha, imagino, representa algo para usted —sonrió—. ¿Están comprometidos?

Thulia se ruborizó.

—No hay nada entre nosotros, señor Philidor —dijo.

—Disculpe —intervino Fanloe—. No los he presentado... Ella es Thulia Orghe, una buena amiga. Thulia, a él ya lo conoces.

—Es un placer, señorita Orghe —dijo el financiero—. Bien, si no quieren más de mí...

De súbito, Fanloe recordó algo.

—Señor Philidor, usted ya sabe que el hombre que ordenó el asesinato de Macintosh es un tal Jellykhod, a quien, naturalmente, anda buscando la policía para someterlo a la acción de la justicia. Pero, ¿ya sabe que ese individuo tiene un local alquilado en su edificio?

El rostro del financiero expresó sorpresa.

—Lo ignoraba —declaró—. Claro que no puedo conocer a todos los que tienen locales o apartamentos alquilados en el edificio. Son varios millares... De eso se ocupa el administrador, con quien, si lo desean, los pondré en contacto cuando gusten.

—Podría resultar interesante... Pero, ¿no hay una

llave maestra?

—Sí, supongo que sí. ¿Es que quieren revisar ustedes el local?

—¿Tiene algo que objetar, señor Philidor?

—En absoluto —contestó el mencionado—. No puedo olvidar que ese bastardo, haya obrado por si o por mandato de otros que permanecen en la sombra, ha tratado de arruinarme en todos los aspectos. Pero perdonen un momento...

Philidor hizo un gesto con la mano y uno de los guardaespaldas se acercó en el acto. El financiero le dijo algo en voz baja, el hombre asintió y se marchó rápidamente.

Sonriendo, Philidor se volvió hacia la pareja.

—Antes de media hora, tendrán aquí la llave maestra —manifestó—. Mientras tanto, ¿brindamos por la perspicacia, la sagacidad y la honradez de un joven periodista que me ha salvado de la catástrofe total?

La propuesta fue aceptada en el acto por Fanloe y Thulia.

CAPÍTULO X

Fanloe insertó la llave en la cerradura, la hizo girar y la puerta cedió fácilmente. Al encender las luces, contempló un espectáculo que lo dejó poco menos que absorto.

—Aquí no han vendido jamás ni un tornillo para una bisagra —comentó, al ver los estantes absolutamente vados.

—Eso no es de electrónica —objetó Thulia.

—Bueno, las cajas que contienen los cachivaches electrónicos necesitan tornillos en alguna parte para sujetar algo, ¿no?

—Si lo miras así… —contestó ella con sorna—. Pero por no haber, no hay ni telarañas. Esto, parece, hace ya tiempo que está desocupado.

—Sin embargo, Jellykhod sigue pagando el alquiler. Y será porque le conviene, no hay duda. Ha puesto el letrerito de cierre temporal, a fin de evitar dificultades, pero si se instaló aquí como vendedor de material electrónico, fue con un objeto definido, que no somos capaces de adivinar por el momento.

Thulia paseó la vista a su alrededor. De pronto, se acercó a una puerta.

—Este debía de ser su escritorio. Quizá encontremos algo interesante —opinó.

El escritorio estaba también vacío. No había un solo papel en la mesa ni en los cajones, y los archivadores metálicos tenían sus carpetas vacías, sin muestras de haber contenido documentos en algún

momento.

—¿Por qué diablos montó este negocio, si no pensaba ganar dinero? —murmuró Fanloe, notablemente intrigado.

De repente, vio algo que llamó su atención.

Había un panel de la pared que daba la sensación de haberse desencajado en parte del resto del lienzo. Fanloe se acercó y vio que era una puerta secreta, incompletamente cerrada.

Tiró hacia sí y dio un paso hacia adelante. A punto estuvo de precipitarse por un hueco que había justo en la entrada y que daba la sensación de ser un pozo que se perdía en las profundidades del edificio.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

La puerta no se había abierto por completo. Thulia se acercó y terminó de abrirla, para ver lo que había al otro lado. Entonces se encendieron una serie de lámparas, en hilera vertical, que permitieron ver una escalera de peldaños metálicos apoyada en una de las paredes del pozo, de sección cuadrada y de, aproximadamente, dos metros de lado.

—Voy a bajar —anunció el joven resueltamente.

—Ten cuidado —recomendó ella.

—Abajo no hay nadie o ya sabríamos algo... en forma de tiros —dijo Fanloe, a la vez que ponía el pie en el primer peldaño.

Thulia lo siguió en el acto, pero el pozo resultó ser menos profundo de lo que habían supuesto.

—Unos dieciocho metros —calculó Fanloe.

El fondo era de paredes lisas, aunque no revestidas de cemento u otros materiales que pudieran evitar

desprendimientos perjudiciales. Thulia pasó las yemas de sus dedos por una de las paredes y pareció quedarse muy pensativa.

—¿Notas algo de particular? —preguntó el joven, que había advertido la maniobra.

—Te lo diré mañana, cuando hagamos por fin, la incursión a la cuadrícula E-6. Pero apostaría algo bueno a que este pozo no se encuentra muy lejos de esas coordenadas.

Fanloe, sorprendido, se volvió hacia la muchacha.

—¿Crees que Jellykhod tiene algo que ver con tus problemas? —exclamó.

—Empiezo a sospechar que sí —respondió Thulia —. ¿Vamos, Digby?

—Sí, desde luego.

Cuando salían. Fanloe hizo una pregunta a la muchacha:

—Thulia, ¿quiénes eran los que intentaron derribarnos con descargas de luz sólida? ¿Crees que eran secuaces de Jellykhod?

—Sí, posiblemente.

—Lo mismo que Crarry y el otro, ¿verdad?

—Pudo contratarlos aquí, en la Tierra. Pero cada vez estoy más convencida de que Jellykhod anda detrás del generador que nosotros estamos buscando desde hace tiempo.

—Entonces, es un competidor tuyo.

—Habrá que deducirlo —suspiró Thulia.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Thulia, ya de noche, llevó a Fanloe a un lugar totalmente insospechado.

Era un canal de desagüe de la ciudad y ella buscó la entrada a uno de los grandes túneles que eran las gigantescas cloacas. El túnel tenía una acera elevada cosa de cinco metros sobre el nivel de las aguas residuales y en ella se divisaban unos rieles de acero por los que podían circular las vagonetas de servicio, movidas eléctricamente.

A cincuenta metros de la entrada, encontraron una vagoneta unida a un remolque de una forma absolutamente desconocida para el joven. La vagoneta estaba cerrada por completo y su cabina estanca disponía de un perfecto sistema de aireación.

En el moro del aparato había un extraño instrumento en forma de cono con estrías en espiral, terminado en una agudísima punta de algo que parecía diamante. Fanloe se imaginó en aquel momento el medio que Thulia iba a emplear para llegar a los treinta metros de profundidad bajo el rascacielos.

Thulia entró en la vagoneta, haciéndole señas para que la siguiera. Había dos asientos y los ocuparon en el acto. Luego ella manipuló los controles, hasta que se encendieron todas las luces verdes del cuadro de mandos.

—Te has preparado bien para la expedición — sonrió Fanloe, una vez que la vagoneta se hubo puesto en marcha.

—He tenido que conseguir algunos permisos, pero no he encontrado dificultades insalvables —explicó ella.

Fanloe supuso que Thulia tenía amistades muy poderosas e influyentes y no quiso hacer más preguntas. Ella guiaba el vehículo con notable pericia, deslizándose por la inextricable red de túneles perforados en el subsuelo de la ciudad, tomando los desvíos en el lugar apropiado y sin mostrar en ningún momento señales de temor o de decepción.

Media hora más tarde, Thulia detuvo la vagoneta en el fondo de un túnel ciego.

—Aquí —dijo escuetamente.

—¿Seguro? —dudó Fanloe.

Ella señaló la pared.

—No se pueden ver, porque están fusionadas con el subsuelo, pero delante de nosotros tenemos dos gigantescas pilastras de más de cinco metros de sección cada una de ellas. No obstante, y por una precaución elemental, perforaremos por lugares que no hayan sido vaciados para situar luego las pilastras de cimentación.

—Con el trépano del morro, supongo.

—Exacto, Digby.

El trépano empezó a girar y, a los pocos momentos, surgieron las primeras nubes de polvo. Pasmado de asombro. Fanloe vio que el polvo era aspirado por algún aparato y lanzado hacia atrás, en donde desaparecía de un modo que le resultó absolutamente incomprensible.

—En realidad, no es un trépano como los que se utilizan habitualmente en perforaciones industriales —explicó Thulia—. Su nombre verdadero, derivado de los efectos de su acción, es descohesionador molecular.

—No entiendo nada —sonrió él.

—Verás, el trépano provoca la descohesión de las moléculas sólidas y las envía hacia atrás, en donde, por un proceso inverso, son re-cohesionadas, por decirlo así. El suelo queda entonces en las mismas condiciones de solidez que tenía hasta el momento de la perforación.

—Pero queda un hueco, el que hacen la vagoneta y su remolque —objetó Fanloe.

—Bueno, empezamos atravesando la pared y las primeras oleadas de suelo pulverizado fueron lanzadas al exterior. Pero apenas estuvimos dentro, el cohesionador volvió a convertir en sólida la pared. El volumen destruido ha sido arrojado a la cloaca, que lo arrastrará al mar.

—Y después, al salir, ¿qué? Dejaremos un trozo de túnel...

—Que taparemos, sencillamente, con el cemento que llevo en el remolque listo para ser utilizado en el momento preciso.

—Tienes respuesta para todo —dijo Fanloe, admirado—. Pero, ¿no cabe la posibilidad de un error en este submarino terrestre?

—Estamos siguiendo la dirección exacta que nos llevará al centro de la cuadricula E-6. El descohesionador actúa siempre a diez o doce centímetros del blanco, lo que significa que no podrá causar desperfectos al generador, cuando lo encontremos.

—La cuadriculas tiene sesenta y tres metros cuadrados de superficie. Pero es un cuerpo sólido, lo

que implica volumen. ¿Cuál es el del generador? Su altura, grosor y demás, claro.

—Uno y medio por ochenta por cuarenta. Menos de medio metro cúbico.

—Avanzamos horizontalmente, con la punta del trépano descohesionador al nivel de los treinta metros, supongo. Aclara esas dimensiones, por favor.

—Imagínate una gran maleta que mida metro y medio de largo, por ochenta centímetros de altura y cuarenta de grosor. Avanzamos en sentido perpendicular a ella, por tanto, debemos darnos con una de sus caras, es decir, con una superficie de algo más de un metro cuadrado. A cinco centímetros, el detector señalará indefectiblemente la presencia de metales y la máquina se detendrá de forma automática.

—¿Y después? —quiso saber Fanloe.

—Excavaremos contorneando el generador y un pequeño brazo con pinzas al final, extraerá el generador de su emplazamiento y lo colocaré en el compartimento preparado especialmente a tal fin

—Muy bien. Una última pregunta, Thulia: ¿Qué harás con el generador, una vez lo tengas en tu poder?

—Tengo los planos del último modelo, en el que existen algunas diferencias, en mejor, claro está, con el que buscamos, así como elementos para su digamos restauración. Entonces, podré situar el espejo de dos caras, que es en realidad la puerta espacial y hacer las primeras pruebas —contestó la muchacha.

—Con objetos inanimados, para evitar daños a las personas, caso de un posible fallo.

—Desde luego.

—Y el viaje a Hakindel será instantáneo.

—Menos de un minuto.

—Me siento pasmado —confesó él—. ¿No se producirá luego la paradoja del tiempo diferente en duración entre los dos planetas?

—Bueno, si yo envió un objeto cualquiera, supongamos una lata de conservas, cuyo viaje tarda cincuenta segundos, lo reciben en Hakindel, está allí para examen durante veinticuatro horas y luego lo devuelven, lo tendré de nuevo en mis manos a las ocho horas de haberlo enviado. No es una diferencia excesiva, como puedes apreciar.

—Allí estarán aguardando tu envío, me imagino.

—Lo sabrán de inmediato. Siempre hay personal vigilando el receptor.

—Y entonces sabrán que has culminado tu misión con éxito. ¿Qué harás después? ¿Regresarás a Hakindel?

Thulia se volvió y le dirigió una penetrante mirada.

—¿Qué me sugieres tú, Digby?

El corazón del joven latió apresuradamente.

—Lo que yo pueda sugerirte al respecto puede que no te convenga —respondió.

—Te gustaría que me quedase en la Tierra.

—Eso es algo que no puede ser. No me hago ilusiones, Thulia.

Ella sonrió enigmáticamente.

—Vamos a encontrar primero el generador y luego discutiremos el tema con más profundidad. ¿Te parece

bien?

—¿A cien metros más abajo?

Thulia se echó a reír.

—¿Por qué no? Podremos hacerlo en cualquier lugar que te parezca bien, pero... por ahora, vamos a concentrarnos en la labor. Por si no lo sabías, estamos en la línea horizontal señalada con la letra E y a sólo dos cuadrículas de la correspondiente al número seis.

Unos catorce metros, pensó Fanloe. El descohesionador era algo maravilloso. Con la mente, miró hacia arriba, a más de seiscientos metros, la cúspide del edificio Philidor y, por un momento, se sintió aterrado al calcular el enorme peso de tierra, rocas y materiales que tenían sobre ellos. Si algo salía mal se produciría un derrumbamiento y resultarían aplastados como...

—Como una hormiga pisada por un elefante —murmuró a media voz.

—¿Decías...? —preguntó Thulia, atenta a los mandos.

—No, nada, no tiene importancia.

De súbito, la muchacha se puso rígida.

—Estamos llegando, Digby.

Fanloe miró hacia adelante, a través del espeso pero perfectamente transparente cristal de cabina. Lo único que pudo ver fue espesas nubes de polvo que volaban raudamente hacia atrás, en agitadas cintas grises de variable espesor.

Thulia detuvo el avance de la máquina y redujo la velocidad de perforación. Estuvo así unos momentos y luego lanzó una exclamación de rabia.

—¡No está!

—¿Cómo que no? Has llegado al punto exacto, ¿no es verdad? A menos que hayas cometido un error de rumbo…

—He guiado el aparato en la dirección correcta. El proyector tendría que iluminar ya uno de los costados del generador y no es así —dijo ella, muy decepcionada.

—Vamos, vamos, no te desanimes. Has avanzado hacia una pequeña pared de poco más de un metro cuadrado, contra un frente de siete metros de lado. Te quedan más de nueve para explorar…

—Digby, el generador estaba exactamente en el lugar en que nos hallamos —afirmó Thulia—. Para decirlo con más exactitud, tendría que estar a seis centímetros del vértice de la perforadora.

Ella detuvo la máquina por completo. El polvo se fue hacia atrás y Fanloe pudo ver delante de ellos una pared de roca completamente lisa.

—Pues no, no hay nada —admitió—, y… ¿no podrías seguir explorando las inmediaciones, Thulia?

—Admitiré un pequeño error de «navegación», digamos de un par de metros a derecha a izquierda…

—Estribor y babor —dijo él con cierta sorna.

—Da lo mismo Dos metros a ambos lados de la proa, es todo cuanto estoy dispuesta a admitir. La distancia es absolutamente exacta; el indicador así lo dice, de modo que voy a perforar dos metros a cada lado.

—¿Y si no lo encuentras… porque no está?

—Tiene que estar —exclamó ella muy nerviosa.

—Muy bien, manos a la obra, encanto —dijo Fanloe.

El aparato se movió lateralmente sin el menor resultado.

Thulia incluso, avanzó unos cuantos metros más, pero sin hallar ningún rastro del aparato que buscaba.

Al fin, se convenció de que el generador de la puerta espacial no estaba allí. Entonces, inesperadamente, paró la máquina y se echó a llorar.

Fanloe se quedó perplejo un momento, porque ella había demostrado ser siempre una mujer de gran fortaleza y notable presencia de ánimo. Y ahora, en un instante, desfallecía de forma casi espectacular.

«Pero me gusta más así, porque veo que es una mujer de una pieza… lo mismo que cualquier otra mujer de la Tierra», pensó.

Al cabo de unos momentos, pasó un brazo por los hombros de la muchacha, tratando de consolarla.

Thulia no hizo ningún gesto para rechazarlo.

—No te preocupes —dijo él, con acento persuasivo —. Acabaremos por encontrar ese maldito chisme.

Pero era una afirmación demasiado aventurada, porque, si no estaba allí, ¿dónde podía estar?

—Maldito fontanero —dijo entre dientes, refiriéndose al huésped que, siete años antes y durante diez meses, se había hospedado en el Enday—. Haphod Nwue, ¿dónde demonios te llevaste el generador?

CAPÍTULO XI

Thulia había salido, diciendo que iba a preparar su regreso a Hakindel. Fanloe suponía que la muchacha, que no había mencionado aún nada al respecto, había llegado en alguna astronave ultrarrápida, que debía de guardar en un lugar secreto.

Ella iba a marcharse y no podía hacer nada para impedirlo, reconoció amargamente. ¿Debía pedirle que lo llevara con ella a Hakindel?

Pero si no lo aceptaba como algo más que un simple amigo, ¿para qué molestarse en pedirle tal cosa?

—Tengo ya veintinueve años, rozando los treinta —se dijo con amargura—. Thulia se irá ahora y acaso pasarán otros siete años. Entonces, vendrá una chica muy parecida a ella, que será tal vez su hija, porque en Hakindel habrán transcurrido veintiún años. ¿Habré de ayudarla también en Dios sabe qué extraña misión? Y, ¿cómo se llamará? ¿Thelia? ¿Tholia...?

Sus pensamientos fueron interrumpidos de repente por el sonido del timbre de llamada a la puerta. Parpadeó, extrañado, porque no aguardaba ninguna visita, pero, tras unos segundos de duda, decidió abrir.

Entonces se vio frente a dos sujetos de rostro impenetrable, fornidos y vestidos con ropas discretas.

—¿Fanloe? —preguntó uno de ellos.

—Sí, yo mismo

—Disculpe, señor. Quieren verlo inmediatamente.

—¿Quién?

—Usted le ayudó mucho en el juicio, hace pocos días.

—Ah, Philidor…

—Sí, pero, por favor, no pronuncie ningún nombre.

—Oh, dispense. Tienen un vehículo, supongo.

El individuo hizo un cortés ademán.

—Está dispuesto, señor Fanloe —manifestó.

—Muy bien. Por favor, esperen a que me termine de vestir.

—No faltaría más.

Fanloe fue a su dormitorio. Cuando estaba acabando su atuendo, concibió una sospecha.

¿Por qué tenía que ir a ver a Philidor? ¿Por qué el financiero no lo llamaba personalmente a través del videófono?

—Podría haberme dicho, por ejemplo: «Tengo algo importante que comunicarle. Envío a dos de mis hombres de confianza para que lo acompañen hasta mi residencia». Pero no ha sido así… y creo ser lo suficientemente amigo de Philidor para que me avise con anticipación suficiente de sus intenciones.

Los dos hombres podían ser, en efecto, empleados de Philidor, pero, ¿y si no lo eran?

Había una forma de salir de dudas, resolvió finalmente.

Cuando llegó a la sala, los dos hombres aguardaban allí. Fanloe les dirigió una sonrisa de circunstancias.

—Perdonen un momento… Tengo que hacer una llamada…

Se acercó al videófono y presionó la tecla de

contacto, pero la pantalla no se encendió.

Repitió la maniobra. El resultado fue idéntico.

Una horrible sospecha se infiltró en su ánimo. Al levantar la vista, vio a uno de los visitantes jugueteando con el cable cortado del aparato, haciéndolo dar vueltas en el aire.

El otro lo apuntaba con una pistola.

—Philidor no me haría una cosa así —dijo Fanloe.

—No, desde luego —convino el que tenía el arma en la mano.

Momentos después, se hallaba a bordo de un aeromóvil, que levantó el vuelo inmediatamente. Apenas hubo despegado el aparato, le taparon los ojos y le ataron las manos a la espalda.

—Lo siento, pero es necesario —dijo uno de sus secuestradores.

Fanloe no pudo evitar dirigir sus pensamientos hacia Thulia.

—¿Qué dirá cuando vea que no estoy en casa? —se preguntó.

Pero quizá la muchacha había emprendido ya el regreso a Hakindel, de modo que la pregunta podía muy bien no tener ningún sentido.

Dado que tenía los ojos vendados, no podía ver adónde lo llevaban, aunque sí, una media hora después, notó que el aeromóvil se posaba en el suelo.

Inmediatamente, le hicieron salir, sujetándolo por los brazos para guiarlo al interior de alguna casa. Fanloe percibió un olor que no supo identificar en aquel momento, ya que tenía el resto de la cara al descubierto. Luego, antes de que pudiera identificar

aquel olor, se encontró en el interior de un edificio, sentado en una silla y todavía con los ojos cubiertos por el paño.

* * *

Alguien le quitó la venda sin brusquedades. Al mismo tiempo, otro lo ataba el torso a la silla, sujetándole a continuación los tobillos a las dos patas delanteras con sendos trozos de cuerda.

Fanloe parpadeó, deslumbrado por la iluminación de la estancia. Cuando sus pupilas se hubieron habituado al resplandor, vio que se trataba de una estancia bastante amplia, con una gran chimenea en uno de sus lados. Las ventanas estaban cerradas y cubiertas por espesas cortinas, sin duda para que no pudiera captar detalles exteriores. Había sido secuestrado poco después de las diez de la mañana y apenas eran las once.

Sin duda, no querían que supiese el lugar en que se encontraba. «Eso significa que puedo reconocerlo», pensó de inmediato.

El hombre que le había quitado la venda se situó frente a él.

—Hola —dijo sonriendo.

Fanloe apretó los labios.

—Debí suponer que era usted, Jellykhod —contestó—. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Villtor, pero eso, supongo, no tiene demasiada importancia, ¿verdad?

—Ninguna, por supuesto. Villtor, ¿qué es lo que

quiere de mí?

Jellykhod se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Dónde está?

—Dónde está, ¿qué?

—Vamos, vamos, no se haga el desentendido. Harto sabe a qué me refiero, así que conteste a mi pregunta y no se haga el remolón.

—¿Habla de la chica?

—¡No! —barbotó Jellykhod, rojo de ira. Procuró dominarse y forzó una sonrisa—. Bueno, hasta cierto punto… Pero le preguntaba por otra cosa…

—Thulia Orghe no es precisamente una «cosa» —dijo el joven irónicamente.

—Usted ya sabe de qué le hablo. Dígame dónde está y lo dejaré marchar sin más problemas.

—¿Quién me garantiza que cumplirá su promesa? Puede ordenar luego que me maten… como hizo con Petey Mims.

—Era algo indispensable —dijo Jellykhod ceñudamente.

—Según su particular punto de vista, claro. Pero yo opino de otro modo, Villtor.

—Le aseguro que quedará libre cuando haya contestado a mi única y muy sencilla pregunta. No le preguntaré más cosas, créame.

—Vamos a ver si antes aclaramos algunos detalles, Villtor —propuso el joven—. Usted tenía en el edificio Philidor un local titulado Elec-Sub, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Y allí inició una perforación destinada a llegar al subsuelo, donde suponía debía encontrarse el

generador que escondió hace casi ocho años un tipo llamado Haphod Nwue, ¿verdad?

—Tropecé con un estrato de granito particularmente duro. No disponía de elementos suficientes para perforar y tuve que desistir de la operación.

—Y entonces ideó la trama del asesinato de Macintosh, para arruinar a Philidor y poder llegar algún día a convertirse en el dueño del rascacielos, aprovechándose de su no demasiado buena fama y, seguramente, en complicidad con algunos de sus enemigos que también deseaban una parte de ese botín.

—Bueno, pero no le voy a dar nombres —rezongó Jellykhod—. En realidad, a mi lo que me interesa es el generador…

—Ya, ya —dijo Fanloe, con socarronería—. Es mucho más interesante y productivo que todas las empresas Philidor. Usted sabe que la chica y yo hemos estado buscando el generador.

—Y ahora quiero saber dónde está.

—Nosotros también, Villtor.

Jellykhod parpadeó.

—No hablará en serio —gruñó

—Si no estuviera atado como un salchichón, levantaría la mano derecha para jurar que he dicho la verdad. Por más que lo dude, no encontramos el generador y no sabemos dónde puede hallarse.

—¡Está mintiendo! —aulló el sujeto descompuestamente.

—Es una lástima que no pueda encogerme de

hombros, en señal de indiferencia —contestó Fanloe—. Puede torturarme, si quiere, y, a decir verdad, es algo que estoy esperando desde el primer momento. Me hará padecer los mil tormentos del infierno, pero no conseguirá que le diga algo que ignoro por completo.

Hubo un momento de silencio. Jellykhod lo miraba con ojos incrédulos. Fanloe adivinó que el sujeto pensaba que le había dicho la verdad, pero, de súbito, Jellykhod hizo un ademán amenazador con el puño muy cerca de su rostro.

—Sigo opinando que me miente —dijo—. Está bien; voy a darle un cierto tiempo de reflexión para que se lo piense detenidamente. Una hora, por ejemplo.

—Dentro de sesenta minutos, le diré lo mismo que ahora —respondió Fanloe sin perder la serenidad.

—Ya lo veremos —exclamó Jellykhod. Giró sobre sus talones y desapareció por la puerta situada al fondo, dejando al joven entregado a sus amargas reflexiones, en las que no había la menor dosis de optimismo acerca de su futuro.

* * *

La casa habla quedado sumida en una quietud absoluta, sin que se percibiera el menor sonido. Una y otra vez, Fanloe trató de soltarse de sus ligaduras, pero resultaba evidente que los nudos estaban muy bien hechos y no podía conseguirlo con sus propios medios.

Encima de una mesa vio una botella y unos vasos. Pensó en volcar la silla primero, luego la mesa y así

ver de romper algún objeto de vidrio, para cortar las ligaduras, pero, calculó, haría demasiado ruido y sus secuestradores acudirían de inmediato. Desechó la idea apenas concebida, enfrentándose con la poca agradable perspectiva de la tortura que Jellykhod le aplicaría sin duda alguna, para obtener una información que él no podía darle.

Transcurrieron algunos minutos. De repente. Fanloe percibió un ligero ruidito a sus espaldas.

Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, una afilada hoja de acero cortó sucesivamente todas sus ligaduras.

—Escape —oyó una tenue voz tras él.

Fanloe se puso en pie. Volvió la cabeza, pero no vio a nadie. Alguien, de la forma más inesperada que podía imaginarse, lo ayudaba a escapar.

«Algún día volveré a darle las gracias», se propuso

Corrió hacia una de las ventanas y apartó las cortinas. Entonces, al ver el paisaje a plena luz del día, lo reconoció en el acto.

—La casa de Mims —exclamó, a la vez que alzaba el bastidor de la ventana—. Claro, el olor a rio…

Saltó fuera y, unos pasos más adelante, vio dos aeromóviles detenidos en la parte posterior del edificio. Corrió hacia el más cercano, pero de repente, se le ocurrió una idea.

Entró en el aparato y volvió a salir a los pocos minutos. Apenas había puesto el pie en el suelo, oyó fuertes voces en el interior de la casa.

—¡Se ha escapado! —identificó a Jellykhod—. ¿Es que no sabéis hacer unos nudos, estúpidos?

—Pero las cuerdas han sido cortadas… —contestó uno de los esbirros.

—No ha podido ir muy lejos. Seguramente ha escapado a campo traviesa. Perseguidlo en el aeromóvil. Desde lo alto, podréis localizarlo con más rapidez…

Fanloe oyó perfectamente el breve diálogo y comprendió que no tendría tiempo de despegar con el otro aparato, por lo que corrió a ocultarse tras unos macizos de flores situados al pie de la fachada posterior del edificio. Apenas veinte segundos más tarde, vio salir corriendo a los dos hombres y dirigirse hacia el aeromóvil que lo había transportado hasta allí.

El aparato despegó a los pocos instantes. Desde su observatorio, Fanloe lo vio ganar altura a gran velocidad, pero, de súbito, el aparato pareció detenerse en seco una fracción de segundo.

Luego cayó a ploma El río hacía en aquel lugar una amplia curva. Primero se elevó un gran chorro de espumas, al impacto del aeromóvil. Luego se produjo una aterradora explosión.

Una nube de humo negruzco, mezclada con vapor de agua, surgió del lugar de la caída. Bandadas de pájaros asustados huyeron graznando estrepitosamente.

Por un memento, Fanloe sintió la tentación de volver a la casa y enfrentarse con Jellykhod, pero se imaginó que el sujeto tendría armas, mientras que él sólo podía contar con sus manos desnudas, por lo que decidió esperar un rato antes de adoptar alguna

decisión.

Apenas dos minutos más tarde, hubo de felicitarse por la idea de aguardar. Jellykhod salió de la casa, a todo correr, con un pequeño maletín en las manos, subió a su aeromóvil y escapó a gran velocidad, perdiéndose de vista en menos de un minuto.

Satisfecho, Fanloe se incorporó con la sonrisa en los labios. Luego, silbando una vieja cancioncilla, regresó a la casa.

Necesitaba un trago y se lo sirvió de la botella que habla visto antes. Un poco más confortado, se acercó al videófono y marcó el número de su propio apartamento.

No confiaba demasiado en la llamada, pero estimó que debía hacerlo.

—Thulia, estoy en la casa del río, la que fue de Petey Mims —dijo, a fin de que su mensaje quedase recogido en la grabadora y con la esperanza de que la muchacha la hiciese funcionar al observar su ausencia —. Ven inmediatamente… si es que no te has vuelto ya a Hakindel —agregó entre dientes.

Al terminar, buscó un buen garrote. Podía servirle como arma defensiva, en caso de apuro.

Luego se sentó en una butaca. Aguardarla veinticuatro horas. Si Thulia no había dado señales de vida para entonces, iniciaría la investigación por su cuenta, se propuso.

CAPÍTULO XII

La puerta de la casa se abrió ligeramente y unos ojos femeninos exploraron el interior. Thulia vio a Fanloe sentado en un butacón, con los ojos cerrados y respirando rítmicamente, y dejó escapar una leve sonrisa.

Acercándose de puntillas al durmiente, se inclinó hacia él y depositó un suave beso en sus labios. Fanloe se removió un tanto, abrió los ojos y vio el rostro de la muchacha a un palmo del suyo.

—Estaba soñando —dijo—. Contigo, claro; te habías acercado y me permitías besarte...

—Quizá no fue un sueño —contestó Thulia maliciosamente—. Pero dejémonos ahora de imágenes del subconsciente y vayamos al grano, como suele decirse por aquí, en este planeta. Tienes algo importante que decirme, supongo.

—En efecto.

Fanloe se puso en pie, miró a través de las ventanas y apreció que el sol estaba ya muy bajo.

—He dormido largo rato —murmuró—. Thulia, ¿sabes que no estoy aquí por mi propia voluntad?

—Pensé que habrías descubierto algo —dijo ella, sorprendida.

—¿Dónde has estado hasta ahora? —quiso saber Fanloe

—Tuve que... enviar un mensaje, no me preguntes ahora cómo ni desde dónde. He confesado mi fracaso y solicitado mi relevo; y entonces, presentaré mi

dimisión. Abandono, Digby, así de sencillo.

Fanloe le dio una palmadita en el hombro.

—No seas pesimista, aún no has perdido la partida.

—El generador no está. Tal vez Nwue lo destruyó...

—Apostaría algo bueno a que no —contradijo él—. Bien, el caso es que Jellykhod me hizo secuestrar para traerme aquí e interrogarme sobre el paradero de ese artilugio. Bueno, es un poco largo de contar y ya te lo relataré más tarde. Ahora, vamos a ver si mis sospechas se convierten en realidad.

—¿Sospechas? —repitió Thulia—. ¿De qué, Digby?

—Ahora lo verás.

Fanloe se acercó al lugar donde estaba la silla a la que habla sido atado horas antes y que había procurado no mover de su sitio. Incluso las cuerdas yacían en el lugar donde habían caldo después de ser cortadas por el cuchillo que empuñaba la mano de una persona desconocida.

Arrodillado en el suelo, de recias tablas, tanteó un poco con las manos. De pronto, apretó en determinado lugar y un cuadrado de más de un metro de lado giró hacia arriba.

—Hay un sótano, ya lo sabía —dijo Thulia—. Aunque nunca pensé que pudiera existir una trampilla en la sala...

—Calma un momento —rogó Fanloe con cierta ironía en la voz.

Una escalera de madera permitía el acceso al sótano. Fanloe encontró un interruptor y en el acto se encendieron varias lámparas.

Una vez en el suelo, el joven empezó a mirar a

todas partes.

—Tiene que estar por algún sitio...

—¿Qué, Digby? —preguntó Thulia, muy intrigada.

El joven no contestó. De repente, se acercó a una vieja estantería, en la que se divisaban algunas botellas y objetos de pequeñas dimensiones, inservibles al parecer. Exploró con la vista unos momentos y luego, bruscamente, tiró de la estantería hacia sí, de modo que girase sobre uno de sus extremos.

Una segunda abertura quedó a la vista de los dos jóvenes, permitiéndoles apreciar la escalera de peldaños de piedra que conducía a un segundo subterráneo, vivamente iluminado según vieron en el acto.

—Digby, ¿qué hay ahí abajo? —inquirió la muchacha muy nerviosa.

Fanloe no pudo contestar. Del fondo del otro sótano subía una voz de tonos algo cascados, desafinando horriblemente al cantar una vieja melodía.

El joven sonrió.

—¿Bajamos, Thulia?

Y emprendió el descenso inmediatamente, sin esperar a la respuesta de la muchacha.

Thulia lo siguió instantes después. Apenas había puesto el pie en el suelo del segundo subterráneo, más grande y capaz que el situado encima, vio al hombre atareado en lo que parecía una consola de control, y lanzó un agudo grito:

—¡Abuelo Haphod!

* * *

Fanloe tardó algunos segundos en recuperarse de la sorpresa recibida.

—De modo que el fontanero es el padre de...

—De mi madre —puntualizó Thulia.

Haphod Nwue se había vuelto y sonreía maliciosamente.

—Hace años ya que traje aquí el generador de la puerta espacial —declaró—. Petey Mims me ayudó mucho, aunque no conocía el objeto del aparato.

—Mims ha muerto, señor —dijo Fanloe.

—Lo sé, pero nunca dijo nada de este subterráneo. Por eso he podido trabajar tranquilo durante todo este tiempo —explicó Nwue.

—Abuelo, a mí me enviaron para rescatar el aparato —dijo Thulia.

—Siguen los problemas de la competencia, ¿eh? Espero que ahora se terminen, muchacha. Sobre todo, si pensamos que la puerta espacial funciona ya satisfactoriamente y sin el menor fallo.

—¿Ha hecho pruebas? —preguntó Fanloe ávidamente.

—Sí, aunque todavía no con personas. Thulia, tu madre tuvo suerte; entonces, había bastantes posibilidades de desintegrarse en el espacio por un defectuoso funcionamiento de la puerta. Ahora, desde luego, ya no ocurriría nada. En menos de un minuto, podríamos viajar a Hakindel...

—No, gracias —dijo el joven—. A mí no me harán ir nunca a un lugar donde el tiempo transcurre tres

veces más lentamente que en la Tierra. Señor Nwue, su hija tiene ahora unos cuarenta años.

—Cuarenta y tres —corrigió el anciano.

—Bueno, usted aparenta sesenta. Si sigue en la Tierra, cuando hayan pasado siete años más, Thalia tendrá sesenta y cuatro años, sólo tres menos que su padre. Esto puede resultar muy desagradable, causar serios traumas...

—Yo me volveré a Hakindel en cuanto haya terminado y no me falta mucho. Thulia, en cambio, tendrá que quedarse aquí, para negociar con el gobierno de la Tierra. Pero si está un año, aproximadamente, en Hakindel sólo habrán transcurrido tres, de modo que las diferencias temporales no serán excesivas.

—¿Y si se queda aquí?

Nwue se encogió de hombros.

—Ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones —contestó.

—Abuelo, hablaremos de eso más tarde —dijo la muchacha—. ¿De veras está todo listo?

—Sí. Como he dicho antes, cuando Mims vendió su hotel, yo le hice saber parte de la verdad y lo ayudé, además, a comprar esta casa. Construimos el sótano y aquí instalé mi laboratorio secreto. Petey iba de cuando en cuando a comprarme algunos materiales que necesitaba...

—Y en una de ésas lo descubrió Jellykhod.

—Sí, pero él no le dijo nunca que yo estaba en su casa. Jellykhod, sin embargo, no se fiaba totalmente del pobre Petey y, además, esta casa, le servía muy

bien como retiro y para sus entrevistas con personas que estaban interesadas en el asunto. En fin la cosa está terminada y ya sólo falta ponerla en funcionamiento y que Thulia negocie con el gobierno.

Fanloe paseó la vista por la estancia, que había sido muy bien acomodada, tanto para el trabajo como para el alojamiento de Nwue. Cerca de la consola de control, divisó un espejo muy semejante al que ya había visto en cierta ocasión, siete años antes.

—De modo que a través de ese espejo se puede llegar a Hakindel en unos instantes —murmuró.

—Con el tiempo, será factible viajar a otros planetas —dijo Nwue orgullosamente—. Se construirán puertas más grandes, con generadores de potencia infinitamente superior... Ahora sólo permiten el viaje de objetos no superiores a los cien kilos de peso... y personas también, claro.

—Lo que hay al otro lado del espejo debe de ser maravilloso suspiró Fanloe—. Pero, de todos modos, yo me quedo en la Tierra.

—Eres periodista, Digby —dijo ella—. Un reportaje tuyo sobre Hakindel, una vez se haya divulgado la noticia, resultaría algo impresionante. Y aunque estuvieses allí seis meses, volverías a la Tierra y sólo habrían transcurrido dos.

—No volverías hecho un cascajo —rió Nwue.

—Bueno, por un poco de tiempo, no me importaría viajar —Fanloe se rascó la cabeza—. Pero mis hijos, si algún día los tengo, nacerán en la Tierra.

—Eso de los hijos es cosa de dos, muchacho. ¿Dónde está tu «colaboradora»?

Fanloe miró de reojo a la muchacha. Thulia se puso colorada en el acto.

—Ya hablaremos del asunto más tarde —dijo él—. Por cierto, señor Nwue, no le he dado aún las gracias por haberme soltado esta mañana.

—Me pareció oír ruidos y subí al primer sótano a investigar. Escuché todo lo que se hablaba en la sala y…

—Alguien dijo que la curiosidad es siempre perniciosa —sonó de pronto una voz conocida.

Fanloe se volvió en el acto. Thulia lanzó un grito de sorpresa, al ver a Jellykhod en el final de la escalera, sonriendo perversamente, mientras sostenía con mano firme una pistola.

* * *

—Fue usted muy listo, señor Fanloe —añadió el sujeto—. Lo desató, supongo, ese viejo que tengo a la vista, y manipuló el aeromóvil de mis ayudantes, para que se quedara sin sustentación a poco del despegue. Mientras, usted se escondía en alguna parte, consiguiendo engañarme… por el momento.

—Me ha buscado en la ciudad y no ha conseguido encontrarme —adivinó Fanloe.

—Sí. Y cuando recordé que sus ligaduras habían sido cortadas, empecé a sospechar la verdad. Debo admitir que soy un zoquete; hasta ahora, no se me había ocurrido que el aparato que tanto he buscado podía hallarse en esta misma casa.

Jellykhod se volvió hacia Nwue.

—Usted excavó el segundo sótano, ¿verdad?

Nwue asintió.

—Ayudado por el hombre a quien asesinó miserablemente y de cuyo crimen tendrá que responder en su momento —dijo con acento cargado de furia.

—Bueno, bueno, eso ya lo veremos… —Jellykhod blandió la pistola—. Lo siento, pero no tengo otro remedio que eliminarlos —agregó torvamente.

—¿Será capaz de matarnos a sangre fría? —se horrorizó Thulia.

—Y con gran placer, además. .

Sobrevino un momento de silencio. Jellykhod sonrió con expresión diabólica, a la vez que apuntaba el arma hacia Thulia.

—Como suele decirse aquí, las damas primer…

Algo lo interrumpió bruscamente. Fanloe, desesperado, sabiendo que no podía dejarse matar sin hacer algo, acababa de lanzarle con el pie una silla, que, si no alcanzó de lleno su blanco, si obligó a Jellykhod a echarse a un lado, hacia su derecha precisamente.

Pero el gesto resultó demasiado vivo y, para no caer, hubo de apoyarse en la pared, lo que, por instinto, le hizo soltar la pistola. Entonces, Fanloe cargó con verdadero furor.

El joven parecía haber perdido la razón. Pensar que Thulia había estado a punto de perecer asesinada, lo enloquecía de rabia.

Sus puños se movieron velozmente, golpeando a su antagonista con indescriptible violencia. Jellykhod,

lanzando alaridos, intentó huir de aquella lluvia de golpes, pero todo fue en vano.

Sus brazos cayeron sin fuerzas a lo largo de los costados. Fanloe tomó impulso y disparó el último golpe, un tremendo derechazo a la mandíbula del sujeto, que casi despegó sus pies del suelo.

Jellykhod retrocedió violentamente, dando traspiés. Empezó a caer hacia atrás, pero estaba muy cerca del espejo.

Su cabeza desapareció primero en el cristal azogado y siguió el resto del cuerpo, sin que pudiera detenerse por el impulso recibido. En el mismo instante, Nwue se precipitó sobre la consola de mandos y bajó una palanca.

—¡Está viajando a Hakindel! —gritó Thulia.

—Nada de eso —contradijo Nwue—. He cortado la energía apenas traspasó la puerta espacial.

Fanloe sintió un escalofrío.

—¿Y...?

—Un viaje instantáneo supone la descomposición de la persona o del objeto en cuatrillones de partículas, que luego se unen en la estación receptora, volviendo la persona o el objeto a su estado natural y con absoluta normalidad —explicó Nwue—, Pero cuando se corta la energía, una vez traspasado el umbral, ya no hay recomposición posible.

—O sea que...

Nwue hizo un gesto vago.

—Ochenta kilos de organismo humano se han convenido en menos que polvillo cósmico —contestó.

Fanloe emitió un largo suspiro.

—El alma de Petey Mims descansaré ahora verdaderamente en paz —dijo. Luego se volvió hacia la muchacha—, Thulia, vamos arriba; tenemos que hablar —añadió con firme acento.

—Discúlpame, abuelo —dijo la muchacha.

Nwue soltó una risita.

—Dile que sí, no seas tonta. Y quédate aquí para siempre —aconsejó maliciosamente.

Fuera de la casa, Thulia sonrió.

—Debo seguir, supongo, las recomendaciones del abuelo —dijo.

Fanloe la estrechó en sus brazos.

—Estaba enamorado de ti desde el día en que vi a tu madre —manifestó—. Fue un sueño que se disipó al saber que ya estaba casada, pero la hija está soltera. Aunque no por mucho tiempo, espero.

—Cuando tú quieras. Digby —accedió ella con cautivadora sonrisa.

Fanloe la besó. Luego la miró y sonrió.

—Quédate en este lado del espejo —dijo.

—Para siempre —respondió Thulia.

F I N